

REVOLUCIONES ESTRANGERAS.



El príncipe Luis de Condé (el Grande), sacado de una estampa contemporánea.  
Abril de 1854. Tomo XII. 10

## EL RAMO DE PAJA.

### I.

UN MOSQUETERO DE 1652.

En la estremidad de Choisy-le-Roy, por el lado de París, se veía una magnífica hostería situada entre el camino real y el Sena; pero de revolución en revolución, la hostería ha ido desapareciendo, y los wagones de un camino de hierro se cruzan hoy sobre sus cimientos.

La posada del Sombrero Rojo, pertenecía á una encantadora posadera, María Ana, la que tenía fundados motivos para ocultar su verdadero nombre. Llamábase madama Dubosq, apellido del gefe de cocina su marido, ex-tabernero del *Bien Público*, en el barrio Delfin, ahorcado judicialmente entre dos conmociones, por haber derramado el vino de la revolución á los hermanos y amigos de Guillermo Deboile. Era además cuñada de Dubosq-Montandré, el famoso libelista de la primera Fronda.

Habiéndose trasladado María Ana á Choisy-le-Roy, sin tambor ni trompeta, recibía en su posada hacia ya un año á los frondistas y mazarinos, con todas las atenciones de la imparcialidad; pero era real y secretamente la espía, y el mas activo agente de los antiguos compañeros de su marido. Ella gritaba:—Viva el rey! cuando el ejército Turena acampaba en su puerta;—Abajo Mazarino! cuando veía aproximarse á los parlamentarios, y:—Gloria á los augustos principes! delante de los sombreros adornados con el ramo de paja. En este momento hubiera esclamado voluntariamente:—Viva el duque de Lorena!, pues este príncipe devastaba el país con su ejército; pero ella esperaba, para rendirle homenaje, que el príncipe hubiese rendido sus servicios al partido mas rico.

Hacia ya dos ó tres días que María Ana hospedaba, en su mejor habitación á un huésped muy interesante y muy misterioso. Era un jóven caballero de unos diez y seis años, á juzgar por la frescura de su tez, y que ceñía el uniforme de mosquetero, con el aplomo de una edad mas avanzada. Aplomo, no es acaso la verdadera palabra, pues el militar adolescente, se ocultaba á todas las miradas, sobre todo á las de los frondistas, palidecía de cólera cuando se ultrajaba en su presencia á la reina ó al rey, pero se avergonzaba como una señorita en el momento en que se veía frente á frente con un hombre. Hacia que le llamaran Raoul de Estanges, pero olvidaba algunas veces responder á su nombre.

En fin, para colmo de singularidad, se había caído del caballo el día anterior, y habiéndose desconcertado la pierna izquierda, le condujeron desmayado á su cuarto.

Entremos en él, si queremos saber mas, pues nuestro mosquetero está embutido en la cama hace cinco días, bajo la custodia de su escudero, bautizado con el extraño nombre de César.

Este, hombre de unos cincuenta años, de faz rubicunda, de mirada maligna, de vientre prominente, lo que le da el aspecto de un traficante de bueyes disfrazado de conquistador, cerró primeramente la puerta, cruzó las espesas cortinas de la ventana, y tomó las mayores precauciones para no ser visto ni oído.

Después se aseguró la de integridad de una maleta colo-

cada debajo de la almohada de su cama de campaña, y en fin, enviando el contratiempo á todos los diablos, puso la espada á un lado, su sombrero con pluma á otro, y se puso con delicia un ancho gorro de algodón blanco.

—Cuando yo te decía, hija mia, que jugábamos á los soldados... ¿De qué se trataba? ¿de la cosa mas pacífica del mundo! Ir á Turena á vender mis molinos de agua, de encerrar el precio de ellos, veinte mil libras, en esta maleta que ha ocultado ya otras veinte mil; andar sesenta leguas á cortas jornadas, hasta llegar al punto que indicó tu marido; entregarle como buenos servidores del rey, nuestro agasajo, para pagar el sueldo á los reclutas que lleva á su magestad.

—¡Y para volverle á ver, sobre todo, después de una separación tan cruel! interrumpió el jóven (que tal era el mosquetero); ¿hay un sacrificio semejante al mio, padre?... Dentro de cinco días se cumplen los tres años... ¿os acordáis?

—¡Pardiez, si me acuerdo!

—El rey os hizo baron; dió á mi esposo el empleo de capitán, y firmó con su mano nuestro contrato. Después de la ceremonia en Nuestra Señora, en medio de mi solemne presentación en la corte, recibí el conde un despacho cerrado... Me deja de pronto abrazándome... Le espero en vano hasta el fin del baile, y entonces sé que ha partido para el sitio de Cambrai! Parte por orden del conde de Harcourt, su nuevo general: parte en el momento que me da por vez primera el nombre de esposa!

—Triste, pero noble deber, hija mia; pero el capitán en su última carta te anuncia la recompensa, porque viene cubierto de gloria, á la cabeza de dos mil valientes, con el despacho de teniente coronel, que estas veinte mil libras pagarán al contado. Dentro de cinco días es el aniversario de tu casamiento, que acabareis en la fiesta del campo real, delante de Turena y SS. MM. Mañana á la noche estaremos en San Dionisio, seremos los primeros á la cita, y el conde llegará allí el domingo con su regimiento y...

El buen hombre se detuvo al ver las lágrimas que humedecían los ojos de su hija.

—¡Ay dijo con despecho, olvidaba tu traje de guerra y sus consecuencias!... olvidaba que ha sido necesario vestirme de hombre y convertirme en héroe, en vez de viajar naturalmente como un caballero campesino que soy, como una tímida muger que eres! ¡En fin tú lo has querido! ¡Los laureles de la *Señorita* (1) y de sus mariscales no te dejaban dormir!... ¡Hemos ceñido una espada; hemos sudado sangre y agua bajo el arnés, nos hemos intitulado Raoul y César, hemos montado caballos de batalla, como las amazonas de la Fronda, y todo esto para llegar á orillas de un foso, para esperar en una cama de meson, que tu marido nos traiga una silla!... Si hubieses montado mi *Normanda* en vez de tu Bucefalo, hace veinte y cuatro horas, que nos hallaríamos en San Dionisio.

—Sois muy cruel, padre mio, suspiró el jóven de los cabellos ensortijados; olvidáis que bajo este uniforme, salvé hace tres años, el ejército real en el sitio de París, y que por tres veces hubiera corrido riesgo nuestra maleta, si no me hubiese presentado contra los bandidos del conde de Lorena...

(1) Así era conocida la duquesa de Montpensier.

—¡Es verdad... perdona!... eres una heroína, y llegamos al término de todo, dijo el escudero quitándose el gorro de algodón, y besando con ternura una pequeña cicatriz que su hija llevaba en la frente... Es que esta casaca, añadió con desesperación, ha puesto á prueba mi paciencia.

—¿Habeis escrito al conde? interrumpió el mosquetero con ansiedad; ¿sabrá en tiempo oportuno nuestra desgracia?

—Encontrará mi carta al llegar al campo del rey, y en lugar de esperarnos vendrá en busca nuestra.

—¡Dios mío! suspiró la jóven juntando las manos, velad por nosotros durante cinco días, pues es el tiempo necesario para llegar al puerto de salvacion. Temo que la posadera haya conocido lo que soy. Se rie cuando me llama Mr. Raoul, y me colma de cuidados que están en contraposición de mi traje. ¿No habeis observado ese oficial español que ha venido tres veces al *Sombrero Rojo*? Parece que procura vernos, evitando mostrarse él mismo. Habla aparte con María Ana y sus criados; anda por debajo de mis ventanas como queriendo medir la altura... Solamente una vez, ayer mañana, al través de su embozo, he podido ver su mirada... Adivinad al hombre que me ha recordado... ¡Sí, todavía me estremezco!... me ha hecho pensar en aquel tribuno que me perseguía con sus homenajes, hace tres años, y que tuvo la audacia de dar mi retrato á los frondistas para entusiasmarlos; en ese gefe que dominaba el Parlamento con sus banderas, y que desplegaba una bandera encarnada en las barricadas, cuando mi marido le hizo prisionero y le entregó á la justicia del rey.

—¿Guillermo Deboile?

—Os juro que á escepcion del color de su tez, en todo lo demas se parece mucho.

—¿Será posible? Hay vivos que se parecen á los muertos...

—¡A los muertos! ¿Ignorais que Deboile se escapó de la Bastilla, durante el sitio de Paris?...

—Sé que ha sido fusilado el mes último en Burdeos, por el duque de Epernon. Un viagero que acaba de llegar de allí, me contó ayer los pormenores de su suplicio.

—¿De veras? ¡desgraciado! dijo el mosquetero con compasion.

Pues tal es el carácter de las mugeres; no pueden ser indiferentes con los hombres que las han amado.

—Pero, prosiguió, ¿y si este español fuera un pariente de Guillermo que buscara vengarse, ó al menos un rebelde ó un enemigo del rey... si reconociese en mí á la condesa de Amalby, á la muger del rival y del vencedor de Mr. Deboile, y en vos á Mr. Juan Boucherat, el baron de Gonesse, al hombre que ha hecho batir durante tres años á los frondistas por Mr. Condé, y que lleva hoy á Mr. de Turenna con que batir á Condé, frondista á su vez?

—Bah, bah, dijo el escudero, eso no me inquieta; sueñas despierta, hija mia. El tio Boucherat no es un gran personaje para que los transeuntes se ocupen de lo que hace, ni un tonto para que adivinen lo que medita. Piensa mejor en tu dolencia, y no te atormente otra cosa. Mis precauciones están tomadas contra los curiosos y los ladrones.

Mr. Boucherat hubiese estado menos tranquilo si hubierá visto lo que pasaba en la habitacion inmediata.

Detrás de la cortina de la cama de su hija, acababa de cerrarse una abertura secreta, por la cual lo habia escuchado todo María Ana.

En este mismo instante el oficial español del cual habia hablado Mad. de Amalby entraba en la sala de la posada, y se instalaba á dos pasos de un grupo reunido por circunstancias fortuitas, y que hablaba de los asuntos del tiempo.

## II.

## LOS PARTIDOS HACE DOSCIENTOS AÑOS EN FRANCIA.

Este grupo compuesto de un bailli y de su muger, de dos soldados, de un arrendatario y de un aldeano de Ablón, reunia bastante fácilmente la sociedad de entónces y los partidos que la dividian.

Estos partidos estaban igualmente representados en las eclécticas paredes de la sala adornadas de estampas y caricaturas á propósito para satisfacer todos los gustos. Sin embargo, la que figuraba en lugar preferente, hacia traicion á las secretas antipatías de la posadera: allí se veia el *Cumplimiento de la señorita de Montpensier al cardenal de Mazarino*, delante de la buena ciudad de Orleans, es decir, la princesa y sus mariscalas de Fiesco y de Frontenac, vestidas y peinadas á lo Palas, y derribando bajo la explosion de una granada, al ministro de la reina al pie de los baluartes que iban á tomar por asalto.

El oficial era alto y de buena presencia, representando unos treinta y cinco años, de tez tostada por el sol, cuyos largos y negros cabellos caian por encima de sus hombros. Un ancho chambergo con plumas encarnadas, no dejaba ver de su cara mas que un pequeño bigote, ciertos rasgos enérgicos y algunas veces una mirada centelleante en la sombra, donde la audacia del aventurero se juntaba con la confianza del conspirador. Su uniforme rico é imponente, era el de un soldado de fortuna; nada se distinguia en él por donde pudiera presumirse su opinion. Un enorme tahalí que atravesaba su pecho sosteniendo una espada formidable; sus anchas botas que le llegaban á las rodillas, y su coraza, inspiraba mas bien la intencion de prevenir el peligro que la resolucion de combatirle.

Jaquinet, el mozo de la posada, que parecia conocerle de mucho tiempo, le servia el mejor vino de la cueva y las mejores lonjas de la cocina, llamándole de vez en cuando con respeto, señor capitán ó señor baron de Altomar.

El extranjero, hablando y entendiendo el francés maravillosamente, escuchaba con atencion, sin darlo á entender, la discusion empeñada entre los comensales.

—Hija mia, decia el aldeano, yo estoy por el *principe Luis* (el pueblo llamaba así al gran Condé). ¿Qué es lo que necesitamos para obtener la paz, y para que suba el precio del queso? Un amo que nos gobierne á estocadas, y corte la palabra á los charlatanes del Parlamento. El principe Luis lo entiende mejor que nadie. Que se haga regente, que se haga rey, que se haga emperador, con tal que devuelva la razon á los que la han combatido. Esto es lo que yo deseo, y todo lo que le pido.

—¡Ignorante! replicó el bailli con desden; ¡ignorante que no sabe ni aun leer los decretos de la córte soberana! ¡Necesita al principe Luis porque se llama Condé, y porque ha salido vencedor en Rocroy! como si se pudiera gobernar á la Francia con un nombre y una espada. No estaremos tranquilos hasta que el *tercer partido* haya matado los escosos de la derecha y de la izquierda; hasta que tengamos go-

bierno parlamentario, cámaras reunidas, rey tomando su dictámen, la union de los poderes, las libertades públicas, el equilibrio de las rentas, etc., etc...

—Es decir, ¿disputas todo el año, y tiros en las calles?

Francia, como si no tuviésemos un amo, que es el único y legítimo heredero de nuestros reyes, Luis XIV.

—Vos sois un mazarino. ¡Abajo el mazarino! interrumpió otro soldado que estaba con un recluta de la Señorita. Las



El capitán de Altomar en el retrete de Maria Ana.

Gracias, señores oradores, exclamó uno de los soldados. Vuestro tercer partido no es bueno mas que para echarnos entre dos fuegos. ¿Cuánto mejor sería que quemáramos nuestra pólvora en la frontera contra el archiduque y los españoles? Siempre será un extranjero el que reine en

razas reales, continuó recitando cierto libelo aprendido de memoria, abusan de él como de todo. Los Borbones han reinado bastante. Han llegado á su término. Una muger y un niño no pueden relevarlos. Necesitamos un hombre, y le tenemos á la vista: este es el gefe de la raza menor,

monseñor el duque de Orleans; es amigo del Parlamento, de la nobleza, del pueblo, de todo el mundo... He aquí el rey que nos conviene. Empecemos por hacerle teniente general... El se encargará de lo demas.

—Creo que se cambiaria, replicó el arrendatario; des- perdicia la ocasion hace mucho tiempo, y no tiene valor para cogerla.

—Todo eso no vale la pena, dijo la muger del bailli con

dictámen, para arreglar sus intereses, y *revisar* su gobier- no en una grande asamblea de los Estados generales. Ho aquí la verdadera, la única manera de cortar la guerra ci- vil; pues *los Estados generales, son superiores á los parti- dos y á las leyes, y la plenitud de la soberanía no pertene- ce mas que á ellos.*

Esta nueva opinion, habiendo estallado como una bom- ba, impuso silencio á todos, y exclamaron despues:



Colbert.

acento confidencial; no hay ma que un medio para poner- nos de acuerdo, y es este: *fundir* las dos ramas en una so- la; casar á la *Señorita* de Montpensier con Luis XIV. Enton- ces no habrá mas que una familia real; se abrazarán los franceses y todo quedará terminado.

—Hagamos una cosa mejor todavia, prosiguió un diputa- do de los estados de Bretaña, que habia entrado en este momento. Convoquemos á la nacion entera para que dé su

—¡Si, si, eso, los Estados generales!

Y suponiéndolos ya reunidos, nuestros competidores se pusieron á dictar su decision. Este veia salir votado á Luis XIV; aquel al duque de Orleans rey de Francia; este otro á la *Señorita* de Montpensier reina; esotro al príncipe Luis regente y á Mazarino espulsado; y otro á los parla- mentos encargados de gobernar el pais.

Y despues de haber aclamado unánimemente á los Es-

tados, cada cual por su parte se rebelaba contra ellos; de manera que este excelente medio de conciliación llegó á ser una manzana de discordia.

En una palabra, faltó poco á los disputadores para que se tirasen de los cabellos, cuando una voz, que nada habia dicho todavía, resumió la cuestión de esta manera:

—Ya veis, señores, que jamás se entenderán, y que la victoria no será de Mazarino ni de Condé, ni del Parlamento, sino para aquel que tenga la destreza de apoderarse de todo mientras que vosotros disputais.

Esta voz era la del oficial del ancho sombrero, que levantándose entonces, dejó á todos absortos con su conclusión, y siguió al mozo de la posada á una pieza donde le esperaba María Ana.

### III.

#### EL CAPITAN DE ALTOMAR.

Esta pieza era el retrete, ó como hoy se diria, el gabinete de la posadera. Los ahorros de la antigua taberna del *Bien Público*, se habian convertido en cortinages, en muebles esculpidos, y en cogines, sobre los cuales dormia un bonito perro de lanas.

María Ana mandó sentar al capitán de Altomar á su lado, y el Ganimedes Jacquinet sirvió á entrambos en una ban deja un delicado postre de pasta y copas de esquisito vino.

—Y bien, mi fiel ministro; ¿cual será hoy vuestra relación? preguntó el capitán despues de haber bebido.

—¡Ah! señor baron, respondió la posadera; creí que vuestra presa se me escapaba, y he tenido que emplear medios... El señor conde de Amalby, habiendo llegado el domingo al campo del rey, su muger y su suegro, impacientes por terminar una boda suspendida hace tres años, iban á trasportar sus fieles personas y su maleta preciosa á San Dionisio. El lindo mosquetero estaba ya en la silla, cuando encargué á Jacquinet que le detuviera. Por una de las mas diestras torpezas, hizo levantar de manos al corcel, y la hábil amazona cayó á tierra.

—¡Justo cielo! exclamó el español; cayó del caballo; ¿estará herida!

—Tranquilizaos; todo ello es una bagatela, una leve contusión que la tiene en la cama hace una semana. En lugar de ir á esperar al conde de Amalby en el campo del rey, nosotros le esperamos aquí. Tenemos cinco dias nuestros, capitán.

—El tiempo necesario para tomar mis medidas y terminar mi expedición. Sois un diplomático consumado, señora María Ana. Os haré embajadora, cuando yo sea primer ministro.

—No teneis tiempo que perder, baron; Turena camina á marchas forzadas, y podrá hacer primero que vos su entrada en París.

—He aquí un delicioso billete que detendrá su marcha, dijo el oficial sacando una carta de su bolsillo; es un despacho del duque de Lorena á Gastón de Orleans, su cuñado. Esta noche tendré tres príncipes soberanos por aliados y por cómplices. ¿Estais siempre segura, que la señora de Amal-

by y Mr. Boucherat no me han reconocido desde que estoy en su persecución?

—La señora de Amalby ha tenido algunas sospechas (Altomar palideció y se mordió los labios), pero yo lo he remediado ayer tarde, recordando *vuestra admirable idea*, haciendo que cuente á Boucherat un viagero de Burdeos, que Guillermo Deboile habia sido fusilado en aquella ciudad por orden del duque de Epernon.

Altomar dió tres piezas de oro á la posadera, y nuevas instrucciones para lo venidero; montó en el caballo que ya le habia preparado Jacquinet, y se dirigió pensativo hácia el camino de París.

Habiendo llegado á la puerta custodiada por la milicia, mostró al nombre del duque de Lorena sus títulos de parlamentario, y pasó seguidamente á Luxemburgo, que habitaba entonces el duque de Orleans.

### IV.

#### EL GABINETE DE GASTÓN DE ORLEANS.

El capitán de Altomar atravesó á París en medio de la mas grande emoción. Esta emoción la motivó principalmente la presencia de los grupos populares en las bulliciosas calles de la Cité y del barrio Latino, que le parecian familiares, como si los hubiese habitado toda su vida. Su emoción se redobló al aproximarse á Luxemburgo, cuya residencia encontró cercada por una multitud que atronaba los aires con los gritos mas sediciosos.

Estos gritos eran: ¡Abajo Mazarino! ¡No haya tratado con él! ¡Vivan los príncipes! ¡Muera el duque de Orleans, si es traidor!

El capitán, habiendo llegado á una puerta conocida, mostró sus papeles, anunció que venia á salvar al duque, y fué conducido á su aposento.

El tío del rey estaba encerrado en un gabinete con la señorita de Montpensier, su hija, y un hombre desconocido que debia un dia ser ilustre.

Este hombre de fisonomía modesta era Mr. de Colbert. Todavía agente oscuro de Mazarino, esperando que llegase á ser primer ministro, se habia encargado de la misión delicada de reducir á favor del cardenal algunos gefes indecisos de la Fronda, especialmente á Gastón, el mas indeciso de todos. A pesar de sus hábiles precauciones, su conducta cerca del Parlamento se habia señalado. Varios agentes populares le habian seguido, espíado, habian denunciado su entrada en Luxemburgo, y le asediaban con la multitud.

En el momento en que el capitán de Altomar llegó, Colbert habia llegado también con Gastón, quien á pesar de su hija, iba á dejar el palacio y á abandonar á París.

—Es tarde, monseñor, dijo el español; la multitud es dueña de todas las salidas; si emprendeis salir, sereis su cautivo ó su víctima.

Gastón palideció de terror. La *Señorita* levantó la cabeza, y Colbert tosió al recién llegado con un aire inquieto.

Al mismo tiempo se oyó á la multitud que invadia el patio, y que gritaba debajo de los balcones: ¿Dónde está el agente de Mazarino? ¡Mueran los traidores!

Un gentil-hombre del palacio bajó á toda prisa, y se es-

forzó en apaciguar persuadiéndolos de que no había ningún enviado del cardenal cerca de Gaston.

—¡Hay uno! le respondieron cien voces. Colbert, añadiéron los que le conocían. Si no es él, que se pruebe, dijeron los más moderados, que se nos introduzca cerca de monseñor.

Y todo el mundo comenzó á gritar á un mismo tiempo:

—¡Si, sí! que se nos deje entrar!

Cuando el gentil-hombre llevó esta respuesta, el terror de Gaston llegó á su colmo. Buscó por todas partes medios de fuga, pero vinieron á confirmar lo que el español había dicho: no se podía salir de palacio sin esponerse á ser asesinado.

Con semejante nueva, la indignación de la *Señorita* se declaró contra el populacho, y tan temeraria como débil su padre, quiso ir en persona á castigar á los insolentes. El baron de Altomar fué el primero que la detuvo.

Miraba la escena con aire pensativo, y veía con fria sonrisa elevarse el océano popular. No pudo reprimir un arranque de alegría, reconociendo al través de una cortina algunos antiguos revolucionarios de 1648, especialmente al famoso Dubosq-Montandré.

Pronto la multitud, cansada de gritar sin obtener satisfacción, pasó de las palabras á los hechos y asaltó el palacio. Los cristales fueron rotos á pedradas, las guardias se vieron arrolladas. Las escaleras temblaron bajo los pies de los invasores. No quedaba más que un vestibulo que atravesar, donde la adhesión de los pages y de los criados no pudo resistirse mucho tiempo.

Por otra parte, mientras más se disputaba al pueblo la entrada, más se convertían sus sospechas en certidumbre, y sus exigencias en amenazas terribles.

—Monseñor, dijo estóicamente Colbert á Gaston, salvaos entregándome, si lo podeis. Yo cumpliré mi deber cerca de vos; yo sabré morir en servicio de mi rey.

El duque iba á entrar en la habitación inmediata, cuando su hija le detuvo enrojecida de vergüenza.

—Señor, respondió entonces Gaston á Colbert, yo no soy quien os he llamado aquí; vos habeis venido á proponerme un acomodo. Id á decir á esos furiosos que yo le he desechado, que quedo fiel al Parlamento y á los príncipes.

—Al momento, dijo Colbert con la mayor sangre fría; pero temo que no me quieran escuchar ni creer, y que solo mi presencia sea acaso la señal de vuestra pérdida.

—¡Ay! sí, exclamó el duque confuso. Quedaos, pues, es menester probarles que vos no estais aquí. Vamos, añadió tomando un partido, ¡desapareced con la princesa!

Pero en el momento en que Colbert llevaba á la *Señorita* hácia la puerta del fondo, un rumor formidable anunció que la puerta estaba cercada por todas partes.

—¡Es ya muy tarde! repitió el capitán español con la misma sonrisa.

Las puertas del vestibulo cedieron, y temblaron las del gabinete.

—¡Gran Dios! dijo Gaston cayendo en un sillón ¿quién salvará al tío del rey, al primer príncipe de la sangre?

—Yo, respondió Altomar, si vos me dejais obrar.

Y ocultando con una mano á Colbert detrás de una tapicería, con la otra abrió resueltamente á los revoltosos.

Entraron como un torrente conducidos por Dubosq-Montandré.

Este retrocedió sorprendido á la vista del capitán, y quedó inmóvil, con la vista fija en él, como si hubiera contemplado un fantasma salido de la tumba.

Todo el mundo le imitó, con el silencio que anuncian los efectos teatrales.

—Amigos míos, dijo Altomar solemnemente: habeis desconocido á monseñor el duque de Orleans, el más grande enemigo de Mazarino, el augusto y digno gefe de la Fronda. Os han dicho que encontrarais en su casa un agente del cardenal ofreciéndole el precio de su defección. Ha desdenado responder á semejante injuria, y ha querido mejor que invadan su palacio para mostraros la verdad frente á frente. Este agente de Mazarino se ha presentado con efecto, pero ha sido echado como merecía. (La tapicería que ocultaba á Colbert se movió bruscamente). El negociador que ha sido recibido en su lugar, aquel que encontráis con monseñor, es el enviado de un fiel aliado del pueblo, soy yo, baron de Altomar, parlamentario del duque de Lorena, que viene de su parte á ofrecer os ocho mil valientes para contrarrestar al ejército del cardenal. He aquí mis poderes, leedlos. (Y los papeles del orador pasaron de mano en mano). En cuanto á nuestro plan, le conoceréis muy pronto, y vereis triunfante por él, como monseñor sirve vuestra noble causa.

Los insurgentes se miraron, y algunos exclamaron:

—¡Viva el duque de Lorena! ¡Viva su embajador!

La tempestad estaba ya conjurada, pero necesitaba el español una ovación.

—Si dudais de mis palabras, replicó con fuego, que Mr. Montandré, vuestro gefe, se adelante, que hable dos palabras conmigo, y os dirá si podeis contar con el hombre que os habla.

Cada vez más estupefacto, Montandré se acercó y dijo al oído de Altomar:

—*¡Mas Aniello!*

—*Res pública*, respondió por lo bajo el capitán, poniendo un dedo sobre sus labios.

Y no dudando ya de quien era, Montandré le abrazó con efusión.

Esto produjo un movimiento eléctrico en la multitud; se esparció por allí un murmullo de victoria, y después los gritos de viva Altomar, resonaron por todo el palacio.

El español había llegado á ser el rey de esta multitud.

—No es viva Altomar lo que debeis decir, amigos míos, dijo mostrando á Gaston, si no viva monseñor el duque de Orleans.

Y este grito, lanzado del gabinete, bajó á la escalera atravesó las galerías, se propagó por las calles, y llegó á ser un clamor inmenso en derredor de Luxemburgo.

Gaston consiguió no ser llevado en triunfo, porque suplicó á sus furiosos amigos que le dejaran terminar su entrevista con el baron de Altomar.

Mientras que el pueblo se alejaba multiplicando sus gritos, el capitán cerró las puertas del gabinete, y levantó la tapicería que ocultaba al enviado de Mazarino.

Colbert le consideró con una mirada profunda, y le dijo saludándole cortesmente:

—Habeis vencido, monseñor, y os entrego el campo de batalla.

Después le dejó solo con el duque y su hija.

V.

## EL TRATADO DE ALIANZA.

Durante esta estraña escena, Gaston y la *Señorita* creyeron que habian estado soñando.

—¿Quién sois, caballero? preguntó el duque al capitán haciéndole sentar y contemplándole con admiración; ¿quién sois para calmar de esta manera las tormentas populares, y salvar con una palabra á los príncipes de la sangre?

—El baron de Altomar, enviado de Carlos de Lorena, como ya he tenido la honra de deciros, y lo sabreis mejor por estas credenciales; respondió el oficial, entregando respetuosamente sus papeles al duque.

Con efecto, este lo vió allí todo patente. Altomar mandaba una compañía voluntaria en el ejército del príncipe aventurero, y estaba encargado de entablar negociaciones con el duque de Orleans.

—Caballero, dijo Gaston, teneis un hermoso título á mis ojos; sois mi salvador, y mi reconocimiento está á vuestra disposición.

—Yo no pido mas que ser escuchado. Os traigo una proposición de mi amo, y una oferta que me es personal. Em-

pecemos por mi señor. Sabeis que es muy positivo en los negocios; os propone su alianza y su ejército por veinte mil libras por semana.

—Reconozco en esto á mi cuñado. Una pregunta ¿lo exige al contado?

—Esa es su costumbre invariable.

—En ese caso no puedo aceptar; la Fronda no tiene sueldo en este momento...

—Podeis aceptar, sin embargo, yo me encargo de las veinte mil libras.

—¿Vos, capitán? exclamó Gaston sorprendido.

—Yo, monseñor, yo sé dónde hallar la cantidad si aceptais mis ofertas y mi plan.

—Veamos, caballero.

—Pongamos las cartas sobre la mesa. Se trata para vos, en la nueva Fronda, de que llegueis á ser teniente general del reino, y para la *Señorita*, añadió volviéndose hácia la princesa, casarla con S. M. Luis XIV.

La señorita de Montpensier se avergonzó sin desmentir al capitán, cuyas francas manifestaciones iban ganando poco á poco su confianza.

(Se continuará).



El cumplimiento de la *Señorita* á Mazarino, caricatura de 1652.

## ESTUDIOS RECREATIVOS.



Disidencias de la familia de Canalejos.

## LAS PREDICCIONES DE UN MÉDICO.

## I.

## LA CONSULTA.

El doctor Varinaga, abrigado con su magnífica y elegante bata de verano, de un color algo pronunciado, salía de su aposento y acababa de instalarse en su gabinete, y según su costumbre, comenzaba á dar tributo á esta manía cotidiana y terrestre de los países civilizados, es decir suscriptor á un periódico de medicina y á otro político, repasaba este último con preferencia al primero, pero interrumpieron su lectura para anunciarle la visita del conde de Peralta.

TOMO XII.

Era este un caballero delgado, de elevada estatura, de maneras elegantes, aunque un tanto afectadas; pero con los signos visibles de una aristocrática educación, que no podía desmentir. Eran sus cabellos blancos y estaban rizados naturalmente; sus movimientos eran pausados y muelles, su fisonomía regular y caracterizada, y su mirada profunda y benévola, imponía y atraía á un mismo tiempo. Consagrando una gran parte de sus riquezas al empleo de buenas obras, que se esforzaba en mantener ocultas, se veía estimado y respetado en todas partes.

Entre el conde de Peralta y el doctor Varinaga, el contraste no podía ser mas evidente; el uno parecía ser el antípoda del otro. En efecto, el doctor era grueso, pequeño de cuerpo y de maneras vulgares, hombre honrado, por otra parte, bajo todos conceptos, y de relaciones gratas y

eguras. No existía entre los dos mas que un solo punto de semejanza... la edad... eran contemporáneos. El conde tenía sesenta y dos años, y el doctor entraba en los sesenta y cuatro.

El conde se apoderó de una cómoda butaca, y al momento comenzaron á hablar.

—Querido doctor, he madrugado mucho, son las siete, y me he tomado la libertad de invadir vuestra morada.

—Será mucha la urgencia del asunto que os obliga...

—Yo, que soy muy pronto en todas mis cosas. Si la impaciencia es un signo de la juventud, yo no he cumplido todavía los veinte y cinco años. Vos que me habeis curado en mas de una ocasion graves enfermedades, habeis descuidado esta, y habeis hecho perfectamente, porque es incurable.

—¿De qué se trata, pues, señor conde? preguntó Varinaga, fijando sobre su interlocutor sus penetrantes ojos.

—Vuestros momentos son preciosos, doctor, no quiero andar con rodeos. Deseo saber... cuanto tiempo me queda de vida.

Varinaga no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¿Os admira mi pregunta, no es verdad? dijo el conde.

—Confieso, señor conde, que no la esperaba. Permitid que os haga observar, que semejante pregunta es algo estraña y delicada; yo no soy hechicero, y suponiendo que fuese posible poderos responder ¿deberia hacerlo? Por estóico que seais...

—Creyente en buena hora, concedo. Si, creo que la muerte es un principio y no un fin, y por consecuencia no la temo.

El conde pronunció estas palabras con una firmeza digna y sencilla, que probaba lo que tenían de reflexivas é inalterables las ideas que espresaban... no era una bravata, era una convicción, una certidumbre.

—No tengais escrupulo alguno, continuó, hablad sin miedo, doctor.

—Lo que me preguntais es muy delicado, respondió el médico. *Errare humanum est*. Y si yo me equívoco...

—Eso es modestia, doctor, nada mas que modestia. Un sabio como vos no puede cometer mas que ligeros errores; lo que yo reclamo no es una declaración por escrito; esto quedará entre nosotros; nada puede comprometeros. Dejad que os repita mi pregunta, y responded á ella tan libremente como si se tratara de una persona estraña. ¿Cuántos años, meses ó semanas juzgais que me quedan que estar sobre la tierra? Suplico que me digais la verdad.

Varinaga vacilaba. Bajaba los ojos, se agitaba sobre el sillón, y no se determinaba á rechazar ni á recoger la interpelación que acababan de dirigirle.

Signióse á la pregunta un grande silencio, hasta que el conde se decidió á romperle.

—Aprecio en lo que vale vuestra reserva, querido doctor, dijo inclinándose hácia Varinaga, pero tengo que vencerla. Tal vez seais mas expansivo cuando conozcais el motivo de mi pregunta.

—Señor conde, exclamó el doctor aproximando su butaca á la del conde; prevenis mi deseo. Si no existe un interés poderoso, me seria imposible...

—Querido Varinaga, dijo el conde; no lo ignorais, soy bastante rico. Posesiones campestres, casas, acciones en

minas, en ferro-carriles, en seguros mútuos... yo poseo todo esto y con abundancia... pero no tengo herederos.

—¿Cómo, señor conde! ¿Ni un sobrino, ni una sobrina!... ¿A quién falta...

—Herederos á quienes yo ame, interrumpió el conde. Mis únicos parientes son dos primos en tercer grado, hácia los cuales profesó una especie de aversion... Imaginaos dos solteros de veinte y cinco años, egoistas, disipados. ¡Mi fortuna en semejantes manos! ¿En qué será empleada? En cosas locas y estúpidas, en la disipacion. Este pensamiento me irritaba, y buscaba en el mundo una persona á quien me fuera posible confiar, viéndolo yo, con toda seguridad, el uso de estos bienes que me ha concedido la Providencia.

—Es una investigacion algo espinosa, dijo Varinaga.

—Con efecto, bastante espinosa. Sin embargo, he persistido en ella, y creo haber logrado mi objeto. He hallado aun mas de lo que yo esperaba. No son, creedme, los atractivos físicos, los encantos exteriores los que me han inclinado hácia esa persona.

—¿Es una muger? observó Varinaga con una inflexion interrogativa.

—Si, doctor, una señora de treinta años, una huérfana sin patrimonio. Sus maneras sencillas y distinguidas, su elegancia, sus cabellos negros y brillantes, sus ojos dulces y espirituales, confieso que han influido mucho en mi resolución. Fea ó desgraciada, probablemente no la hubiera observado; pero lo repito, doctor, lo que me ha decidido es su amable piedad, la elevacion de sus ideas, la solidez de sus principios y su elevada razon. Al lado de unos parientes lejanos que patrocinan su horfandad, frecuentando las reuniones del salon, donde es tan fácil perder el equilibrio, demuestra cada vez con mas encanto un tacto admirable.

—¿Os habeis enamorado, señor conde? preguntó Varinaga.

—Doctor, permitidme que os diga que me haceis una pregunta algo indiscreta; pero voy á responderos sin vacilar. Yo no estoy enamorado en el sentido juvenil de la palabra; siento hácia ella una especie de inclinacion particular y una ternura inalterable. Por lo tanto, he pensado en hacerla, no solamente mi heredera, sino ademas mi muger.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de Varinaga.

—Es mucha presuncion ¿no es verdad doctor? Casarse á mi edad; casarse con una muger bonita y mas jóven que yo... El mundo se reiría y se mofaría de mí; pero su burla no me inquieta, con tal que yo este en paz con mi conciencia. Por eso necesito de vuestro apoyo. Si mi fin está próximo, como he llegado á creer, todo pensamiento, todo proyecto de boda me parece temerario y hasta culpable.

—Señor conde, murmuró Varinaga, lo que haceis es digno de un hombre honrado.

—Huérfana, pase, dijo el conde, pero viuda á los pocos dias de casada, eso seria demasiado.

Guardó silencio y consideró un momento al doctor, quien con la frente apoyada sobre la mano izquierda, parecia meditar profundamente.

—Ahora bien, señor Varinaga, ¿consentireis en hacerme el servicio que reclamo de vos?

—Con tanto mas gusto, cuanto que conozco á la persona de que me hablais.

—¿Será posible?

—Particularmente.

—Me dejais sorprendido, doctor.

—Aunque no me la habeis nombrado, la conozco. Teniendo en cuenta el retrato que me habeis hecho de ella, es imposible no conocerla. No hay mas que una Rosalia en el mundo con esas cualidades; es digna de todos los homenajes y acreedora á todas las simpatias.

—¿Cuánto me gusta oiros hablar de esa manera, doctor. Pero, ¿cómo es que nunca os he visto en casa de los Canalejos?

—En otro tiempo estábamos en íntimas relaciones; pero me fastidiaban de tal modo, que dejé de verlos.... Y vos mismo, si no estuviese allí Rosalia...

—No pondria los pies en esa casa.

Varinaga se levantó; cogió la mano de su interlocutor, y se colocó algunos instantes enfrente de él, sin decirle una palabra. Sus miradas interrogaban el estado de la salud del conde á fin de sorprender el secreto de Dios.

Este exámen tenia cierto aspecto de solemnidad lúgubre, y el conde le soportó sin dejar aparecer la menor emocion.

Despues de haber dejado caer la mano del conde, Varinaga le dijo con gravedad.

—Yo debo no ocultaros nada. La enfermedad que hace tiempo os aqueja ha hecho visibles progresos. Segun todas las probabilidades, señor conde...

Varinaga temblaba, y su cara se entristecia.

—Acabad, doctor; os aseguro que no me asusta la muerte.

—Segun todas las probabilidades, repitió el doctor, os quedan solamente seis meses de vida.

Varinaga se hundió en la butaca, y un suspiro doloroso salió de su pecho. El conde permaneció impassible. Los papeles se habian cambiado; el primero parecia un sentenciado, y el segundo su juez.

—Gracias, querido doctor, dijo el conde apretándole cordialmente la mano... ¡Seis meses! hay tiempo suficiente para hacer feliz á alguno en la tierra, y para prepararme al viage supremo.

—Yo no afirmo nada, señor conde.

—No mas contrato de casamiento, doctor; sino un testamento hecho en toda regla. Corro á casa de mi escribano. Hasta otra vista... y gracias.

Algunas horas despues de esta entrevista, el conde de Peralta institua por un acto notariado, á la señora Rosalia por su heredera universal, y Varinaga se encaminaba á toda prisa hácia una casa situada en la plazuela de Oriente, ocupada por la familia de los Canalejos, en la cual vivia Rosalia en calidad de prima recogida.

H.

#### LA FAMILIA CANALEJOS.

La educacion de una jóven, aunque sea bien nacida, ofrece numerosas dificultades y exige cuidados constantes. Pero, ¿cuántos disgustos no acarrea un contacto cotidiano con un natural rebelde sobre el cual no tienen ningun influjo ni la dulzura, ni la severidad, pues siempre se vuelve hácia el mal, como el heliótropo hácia el sol.

Tal era la ingrata tarea que habian impuesto á Rosalia, adoptada por ella con una perseverancia meritoria. Su longanimidad se desarrollaba con los caprichos de la jóven.

Adela Canalejo, que á pesar de sus diez y ocho años, y tal vez á causa de sus diez y ocho años, eran cada vez mas extraños y mas intratables.

Adela tenia motivos para esto.

Su padre, enriquecido con los negocios, desde que los abandonó no hacia mas que procurar olvidar la fuente de su fortuna, y vivir con ostentacion. Este era el objeto, el pensamiento de su existencia. La librea de los criados, la disposicion de las habitaciones, su mueblage y su ornamentacion, revelaban á primera vista, las contrariedades y los defectos de los amos.

Desde su instalacion en la plazuela de Oriente, instalacion efectuada con grandes dispendios, y con todo el ruido posible, don Timoteo Canalejo esperaba tiempos mejores, es decir, escudos de nobleza, á fin de separar su nombre de la rutina comun de los plebeyos.

¡No tener un nombre! ¡no tener un titulo! He aqui su tormento oculto.

Esta era tambien la llaga secreta de su esposa doña Catalina.

Mas tonta todavia y mas irascible que su marido, durante sus frecuentes accesos de mal humor, hasta se atrevia á reconvenirle por haber hecho su fortuna en el comercio, avergonzándose asi, por un exceso de vanidad, de la fuente de su misma vanidad. De aqui nacian palabras acres, y repriminaciones, cuya vehemencia no lograba moderar la presencia de Rosalia, y en medio de las cuales, se complacia Adela en mezclarse.

Estas escenas que originaba solamente el orgullo se renovaban muy á menudo, y tomaban tal aspecto de acrimonia y de violencia, que Rosalia, alarmada é impaciente para hallar un término á estas disidencias, se veia obligada á recurrir al hijo de la casa, Manuel Canalejos. Su intervencion no quedaba jamás infructuosa; con una mirada, con un gesto calmaba las partes beligerantes y las imponia silencio; por aquella mirada y aquel gesto querian decir: *vos habeis manejado la vara de medir, padre mio; mamá, vos os habeis sentado detrás de un mostrador; si continuais regañando, lo revelo todo.*

Aunque cursaba el primer año de leyes, y no tenia mas que veinte años, Manuel no era ni perezoso, ni charlatan, ni aficionado á los bailes; seguia asiduamente su curso, y tenia una conducta irreprochable.

El secreto de su juicio estribaba ademas en otra cosa. El gusto por la contemplacion, y las influencias atmosféricas, no hubieran bastado á preservarle del triple encanto de la edad, de la fortuna y del ejemplo.

Pero Manuel tenia una pasion.

Contra esta pasion verdadera y honrada se habian estrellado como contra un escudo, todas las tentaciones y todas las seducciones; tan cierto es que el corazon triunfa con frecuencia alli donde los principios mas sólidos se sofocan.

III.

#### UN ACTO DE VALOR.

Don Timoteo, doña Catalina y Adela, acababan de salir á la calle. Se trataba de hacer una visita de ceremonia. La madre y la hija se habian cubierto de seda y alhajas. El cochero y el lacayo habian estrenado librea. Los arneses y

el coche, lavados desde por la mañana temprano, aparecieron radiantes de limpieza; semejante aparato podía pasar á los ojos de los transeúntes por el de un embajador.

La trinidad Canalejos gozaba á la sazón como nunca.

Habiendo quedado sola Rosalía, excelente música, cuyo doble talento de cantora y pianista constituían el principal atractivo de los saraos familiares de la casa, acababa de abrir su piano y estudiaba una partitura.

Dos ligeros golpes que sonaron á la puerta de la sala interrumpieron su armonioso solaz.

—¿Puedo entrar? preguntó una voz tímida.

—Adelante, respondió Rosalía.

Manuel entró con un papel en la mano.

—Porque necesitaba trabajar.

—¿Y por qué no trabajáis de día?

—Porque el corazón es un pájaro á quien asustan el ruido y la claridad, y que solo canta con la oscuridad y el silencio.

—¿Habeis hecho versos? preguntó Rosalía con un tono significativo: quisiera conocerlos.

—He hecho algunos, replicó Manuel; no tienen mas que un mérito, añadió, y es el de la sinceridad.

—¿Un poeta que dice lo que piensa! murmuró la huérfana.

—Y que piensa lo que dice, replicó el jóven en seguida.

—Es un fenómeno, observó Rosalía sonriendo.

—¡Oh! no ultrajéis á los poetas, señorita, dijo Manuel con



La consulta.

El jóven estudiante estaba mas pálido que de costumbre, y esta palidez accidental, daba á su fisonomía franca y benévola un encanto inexplicable. El círculo negro que cercaba y hacia resaltar la limpidez de sus ojos azules, su frente diáfana, su aspecto abático, sus labios apenas colorados, sus largos cabellos rubios y en desórden, atestiguan una noche agitada y de perpétuo insomnio.

Rosalía estuvo á punto de asustarse al notar la alteración de su semblante.

—¿Estais malo? le preguntó con interés.

—Hoy sufro mas que ayer, respondió Manuel tristemente: he velado mucho.

—¿Y por qué velar de esa manera?

acento abatido. La injusticia, el desden, las injurias de los hombres no les admiran ni les hieren. ¡Pero ser desconocido de los ángeles...! morirán de dolor; no cerréis los ojos á estos desterrados de la tierra.... Rosalía, continuó despues de una breve pausa:

—Tengo que pedir os un favor.

—¿A mi? ¿cuál?

—Seria muy dichoso si pusiérais en música mis poesías.

—Lo ensayaré.

—Es una barcarola muy mala, indigna de vos; pero vos sois tan hábil...

—¿Y vuestros versos, Manuel? estoy impaciente por escucharlos.

El jóven se sentó al lado de Rosalia y leyó la barcarola. Cuando hubo terminado dijo la huérfana:

—¿Conozco yo á la persona que os inspira una rima tan elegante?

El jóven bajó los ojos.

A los suspiros de Manuel, á sus accesos de tristeza y de alegría, á sus movimientos embarazosos y tiernos, y sobre todo á sus reticencias, Rosalia pudo comprenderlo todo fácilmente.

Una muger, como hay muchas, habria dejado fomentar

bia consentir. Para renunciar á este estado tan dulce, para rehusar este incienso que tan cándidamente se la ofrecia, era necesario mas que lealtad, era necesario una fuerza de voluntad poco comun. Muchas mugeres virtuosas no hubieran sido capaces de tanto. Pero Rosalia era una verdadera cristiana, y no podia aceptar el holocausto que no le pertenecia.

Resuelta á provocar una esplicacion cumplida, que juzgaba indispensable al reposo del porvenir de Manuel, y convencida de que un medicamento enérgico y pronto lograria



El parabien del doctor.

sin comoverse este sentimiento tácito, hubiera respirado, sin escrúpulo, este primer perfume de un alma virginal.

La huérfana observó una conducta enteramente distinta.

Esta afeccion discreta y reservada de un jóven inteligente, poético y puro, la conmovia. En el fondo era reconocida y orgullosa, pero mientras mas estimaba al hermano de su discípula, mas apreciaba las delicadezas de su carácter; y era preciso desilusionar este corazón novicio, arrebatando de él un sentimiento esclusivo que no podia ni de-

una cura radical, no dejó escapar la ocasion que para ella se le presentaba.

El estudiante persistia en guardar silencio. Ella renovó sus preguntas, bajo una forma mas directa y mas apremiante.

—Manuel ¿á quién dedicais esos versos?

En presencia de un ataque tan imprevisto, Manuel permaneció un momento indeciso. Palideció, se puso encarnado y pasó muchas veces la mano por su frente. Despues de haber hecho un violento esfuerzo, balbuceó con voz temblona:

—A vos, Rosalía.

—¿Estais seguro de ello, Manuel?

Manuel no respondió una palabra, pero su rostro se encendió, y salieron dos lágrimas de sus ojos.

Ya no existía duda alguna.

—Hijo mio, murmuró la huérfana con bondad. Os doy gracias y os compadezco.

—¿Me compadeceis cuando vos me dais la vida? ¿Por qué?

—Reflexionad en los obstáculos que nos separan.

—Yo los quebrantaré.

—Manuel, renunciad á ello.

—¿Jamás! exclamó Manuel con vehemencia.

—Jamás y siempre son dos palabras que no debia emplear la humanidad. Yo tengo treinta años; vos no habeis cumplido aun los veinte; vos sois rico y yo soy una pobre.

Manuel hizo un gesto espresivo.

—¿Cuánto me duele afligiros, prosiguió Rosalía con emocion; ¡despedazar ese corazón, cuya sinceridad conozco tanto! Pero si yo consintiera en esta union extravagante, vuestros padres...

—Dentro de poco ya no seré menor de edad.

—Dentro de poco sereis lo mismo que hoy, un hijo sumiso. Y por otra parte, ¿pensais que yo me decidiria á entrar á viva fuerza en el seno de vuestra familia? Semejante escándalo.

—Es verdad... dijo Manuel desalentado, es verdad... perdon...

—Amigo mio, continuó Rosalía con un acento dulce, y tendiendo la mano al jóven estudiante, que la llevó á sus labios: valor, ¡sed razonable, sed hombre! Una hermana mayor llena de ternura y de solicitud, es lo que yo puedo lo que yo quiero ser para vos. Nada mas. Emancipaos de la quimera que imprudentemente habeis acariciado, y que os desconcierta. Contad con mi amistad, con mi adhesion, y no me pidais ni deseéis otra cosa.

Manuel habia enjugado sus lágrimas. Un rubor febril coloraba sus mejillas.

—Yo esperaré mientras que vos seais libre, murmuró sordamente. Adios.

En el momento en que salia de la sala, el doctor Varinaga apareció en la puerta del lado opuesto.

#### IV.

##### UNA RECOMPENSA.

Rosalía, bajo la impresion de las palabras de Manuel, palabras pronunciadas con un tono sombrío y resuelto, y con la cabeza vuelta hácia el lado por donde el jóven acababa de salir, no distinguió al doctor, el que por su parte, ocupado en tomar aliento y en enjugarse la frente empapada de sudor, no observó la emocion de la huérfana.

«He sido demasiado ejecutiva, pensaba; hubiera sido mejor prepararle, haberle ido convenciendo gradualmente respecto á la locura de sus esperanzas. Sé que lo que acabo de hacer está bien hecho: he obedecido á la voz de mi conciencia.»

Mientras que esta y otras reflexiones cruzaban por la mente de Rosalía, Varinaga habia puesto su pañuelo en su bolsillo, apretado el lazo de su corbata, y pasado su manga derecha sobre la erizada felpa de su sombrero.

Viendo que Rosalía no reparaba en él y que permanecia

inmóvil, dió tres pasos hácia adelante, é inclinándose á la altura de su oido:

—¿Consiente la señora Rosalía en concederme un momento de audiencia? preguntó sonriendo.

Rosalía volvió al instante la cabeza. De Manuel á Varinaga existia una brusca transicion; se veia toda la distancia que separa el ideal de la realidad. Sin embargo, se repuso al instante, y con un gesto afable señaló al anciano un asiento situado enfrente.

—A pesar mio os he hecho tener antesala, doctor, perdonadme.

—Señorita, respondió Varinaga sentándose, permitidme que os hable sin dilacion respecto al asunto que me trae á vuestra presencia. Mis enfermos me esperan, y ¡ojalá estuviese en mi poder poderlos curar á todos, ó al menos prolongar su existencia!

—Doctor, observó Rosalía, teneis un aspecto misterioso que no es habitual en vos

—Es porque esta mañana he tenido una visita...

Varinaga no terminó la frase y elevó los ojos al cielo.

—¿Algun moribundo resucitado por vos, preguntó Rosalía, y qué venia á atestiguaros su gratitud?

—Al contrario, suspiró el doctor.

—Qué enigmático estais; me inquietais...

—Pues teneis mas bien motivos para regocijaros. La Providencia es justa.

—Doctor, explicaos.

—¿Conoceis al conde de Peralta, Rosalía?

—Sí, señor.

—¿Le veis?

—Muy á menudo, doctor, regularmente suele venir dos veces en cada semana, y esta asiduidad ha sugerido ideas á don Timoteo...

—¿De qué naturaleza? interrumpió Varinaga.

—¿El conde de Peralta, no es celibato, doctor?

—Pero Adela no tiene mas que diez y ocho años.

—Un titulo allana muy bien estos obstáculos, respondió la huérfana.

—¿Y suponeis que Timoteo ha pensado en esa union él solo?

—Su muger ha debido ayudarle. ¿Y vuestra discípula?

—Mi discípula, doctor. ¡Ay! ¡Con tal de ser ella condesa...

—No lo será.

—¿Estais seguro de ello?

—Segurísimo; Adela no será nunca condesa de Peralta. Pero volvamos al conde. ¿Qué os parece á vos?

—¿A qué conduce semejante interrogatorio, señor Varinaga?

—Lo sabreis ahora, Rosalía.

—Pues bien, me parece amable, instruido, distinguido; hay en su fisonomia cierta espresion de bondad y de franqueza que agrada y simpatiza.

—¿Es decir que os agrada?

—Es uno de los hombres de mas talento que yo he conocido, y su sociedad me complace sobre manera.

—¿Tanto peor! murmuró Varinaga.

—¿Tanto peor? No os comprendo.

—¿Qué desgracia! exclamó de pronto Varinaga como si hablara consigo mismo, ¡qué desgracia que le quede tan poco tiempo de vida!

—¿Poco tiempo de vida? ¿Quién tiene que vivir poco tiempo, doctor? Responded.

—¿Quién? respondió Varinaga... el conde de Peralta, señorita.

La pobre Rosalía juntó sus manos y se puso blanca como su pañuelo.

—¿Le queréis, señorita? preguntó Varinaga suspirando.

—Como á un padre, respondió la huérfana.

—Obrais con justicia, porque no fiaceis mas que pagarle, pues él tambien os ama.

Varinaga refirió entonces á Rosalía, sin omitir nada, la confianza que le habia hecho el conde aquella mañana.

El dolor de la huérfana se acrecentó con esta relacion.

Este amigo tan seguro, este bienhechor tan delicado iba á morir tan pronto. No habia comprendido aquel afecto tan estraño que le profesaba, sino en el momento que iba á perderle.

—Señora, prosiguió el doctor, yo he pensado, que la generosidad del conde exigia al menos vuestra gratitud. He aqui lo que me ha decidido á revelaros sus intenciones. Si he sido indiscreto, ayudad á obtener vuestro perdon. Os dejo, y hasta mas ver.

Varinaga apretó afectuosamente la mano que la huérfana le tendió, y salió levemente.

Despues de la ausencia del doctor, Rosalía se apresuró á pasar á su aposento.

El desinterés es tan contagioso como el egoismo.

Rosalía tenia que tomar un partido con respecto al conde. Se inclinó sobre su pupitre y se puso á escribir.

La pluma se deslizaba sobre el papel, tan ligera como las alas de un pájaro sobre un lago. Era evidente que dictaba el corazon, y que la mano no podia evitar la espontaneidad de sus inclinaciones.

En el momento en que Rosalía trazaba la última linea, la puerta cochera giró sobre sus goznes, y resonó en las bóvedas la rotacion de un carruage.

Algunos minutos despues, Catalina y Adela invadian el aposento de la huérfana. No habian tenido tiempo de des- embarazarse de sus sombreros y de sus talmás, y aparentaban estar muy contentas y satisfechas.

—Amiga mía, dijo Adela, mañana partimos para Villaviciosa.

—Si, querida, añadió Catalina, mañana á las tres. Haced vuestros preparativos, pues nos acompañais.

—Nada mas justo, exclamó Adela, porque yo no puedo estar sin tenerte á mi lado. Que estés lista... El carruage estará enganchado á las tres menos cuarto.

Rosalía no comprendia el motivo de aquella afabilidad. La alegría de Adela la daba mucho en qué pensar. Para que Adela por dos veces consecutivas la hubiese calificado de amiga, era preciso que hubieran ocurrido circunstancias estraordinarias.

—¿Está malo don Timoteo? preguntó.

—No, se apresuró á responder Catalina. Mi marido, mi hija y yo nos encontramos buenos. Un motivo mas agradable origina esta brusca partida, que personalmente me desconcierta y me contraria mucho. Pero una madre no comercia mas que cuando se trata de su hija.

—Vamos á catequizar á cierto sugeto... murmuró Adela.

—A cierto sugeto que podria muy bien llegar á ser un yerno, añadió Catalina á media voz.

Adela se esforzó en enrojecer, y no pudiéndolo conseguir, se lanzó al cuello de Rosalía.

—Y contamos particularmente con vos, dijo Catalina á Rosalía.

La calificacion de *amiga* y el beso lo iba esplicando todo.

Tenian necesidad de la huérfana; esperaban de ella algun servicio importante.

—¿En qué puedo yo seros útil? preguntó.

—Conocemos vuestra amistad y vuestra influencia sobre el conde de Peralta, dijo Catalina. Con un poco de destreza, os seria muy fácil conducirle á dar un paso que colmaria nuestros deseos.

—Lo que me pedís, señora...

—Contad con nuestro reconocimiento, dijo Catalina con una intencion, por decirlo asi, metafísica.

—Lo que me pedís, es imposible, respondió Rosalía.

Timoteo acababa de entrar.

—¿Lo oyes, Timoteo? exclamó la madre exasperada volviéndose hácia su esposo. Se niega... no quiere que tú seas suegro de un conde.

—¡Negarse! exclamó el millonario irritado. No se atreve- rá á hacerlo.

—Pues se atreve, papa.

—Eso es indigno, exclamó Catalina tomando una posicion académica.

—¡Eso es espantoso! exclamó Adela llevando á sus ojos secos un pañuelo.

Cuando se hubo apaciguado la tempestad, Rosalía tomó la carta que acababa de escribir.

—Mi negativa os admira, dijo con calma; estas lineas que dirijo al conde de Peralta os harán conocer la causa.

La cólera dió por un momento treguas á la curiosidad.

—Tomad asiento, continuó.

Timoteo y Catalina obedecieron maquinalmente.

—Y concededme algunos segundos de atencion, añadió Rosalía.

La familia se inclinó en señal de adhesion.

«Señor conde:

«Hay sentimientos de tal manera profundos, que en va-  
»no se procurarian espresar. Los que yo experimento per-  
»tenecen á este número. Me ha dicho Varinaga que me nom-  
»brais vuestra heredera universal, y por un exceso de de-  
»licadeza, por una abnegacion que no tiene igual, me pro-  
»hibis asociarme en este mundo á vuestra existencia; os re-  
»signais á no darme mas que pruebas póstumas de una ter-  
»nura y de una estimacion que me enorgullece y confunde.

»Yo no tengo, señor conde, ningun derecho, ningun ti-  
»tulo á vuestras liberalidades. Suscribiendo á vuestros de-  
»seos, cometeria, me parece, una especie de espoliacion.  
»Sin embargo, lo que está prohibido á Rosalía, seria permi-  
»tido á la condesa de Peralta. Si tenéis la firme intencion  
»de que yo sea vuestra heredera, tomadme primero por  
»vuestra compañera. La oferta de mi mano me parece el  
»comentario obligado del donativo de vuestra fortuna. Yo  
»no aceptaré lo primero, mientras que vos no acepteis lo  
»segundo.»

«ROSALÍA.»

Esta carta desconcertó visiblemente á los oyentes de Rosalía.

A los ojos del ex-comerciante, esta se habia metamor-  
foseado de pronto. Ya no era la huérfana sin apoyo, sin po-

sición, á quien podía tratar con altanería, y despedirla cuando se le antojara.

El blason de la condesa estaba ya en su frente, y miraba á Rosalía rodeada de una aureola que le fascinaba.

Baluceó algunas escusas frívolas, y se retiró, seguido de su muger y de su hija, cuyos delgados labios indicaron una leve sonrisa donde se pintaba el resentimiento y la envidia.

V.

UN AÑO DESPUES.

Un año despues de los sucesos que acabamos de referir, el conde y la condesa de Peralta, recorrían una tarde, en compañía de Varinaga, una magnífica posesion que tenía á algunas leguas de Madrid.

Los tres paseantes marchaban lentamente, tanto para hablar mas cómodamente, cuanto para admirar á sus anchas los esplendores del sol poniente que daba á las plantas franjas de púrpura y de oro.

La condesa, á quien Dios acababa de dar un hijo lozano y robusto, se apoyaba con abandono sobre el brazo de su marido, y se asociaba con placer á aquel festejo de la naturaleza.

—Hace mi esposo la vida grata, murmuró la condesa con una espresion de inefable alegría.

El conde la dió gracias.

—¿Sabeis, señora, dijo el maligno doctor que se paseaba

á su lado, que dentro de poco será ilustre el apellido de Canalejos?

—¿De veras, doctor?

—Manuel se distingue mucho en el ejército donde hace brillantes progresos.

—Me alegró, exclamó la condesa con una evidente satisfacción.

—Si hay guerra adelantará mas en su carrera, dijo el conde.

—O morirá repuso Varinaga.

—Doctor interrumpió la condesa, yo no creo ya en vuestras predicciones:

«Las gentes que vos mateis tienen mucha salud.»

—Cuanto temor me causaron vuestras predicciones, añadió sonriéndose. Mi marido y yo hemos sido engañados, y sin embargo, no experimentamos hacia vos mas que gratitud.

—Cierto, dijo el conde. Me consideraba como hombre perdido. Amigo Varinaga, no solo sois un gran médico, sino ademas un excelente actor.

—Ahora me pregunto yo, señor conde, como me he determinado á tentar semejante prueba.

—Vos habeis desconfiado de nosotros, doctor, dijo la condesa sonriendo.... Habeis hecho muy mal.

—¿Qué quereis, señora? nosotros los médicos somos escépticos, incredulos; tenemos precision de ver y de tocar para creer. Yo dudaba de vosotros. Una union tan escepcional, exigia virtudes extraordinarias, y temiendo que se convirtiera en dramática, he tenido que representar la comedia.

J. P.

## TIPOS Y CARICATURAS.



Un palco del Teatro Real.

# LEYENDA HISTORICA.

«Si la hicistes en Pajares  
«Pagarasla en Campomanes»



Esta es la tumba de Adosinda Fro'az, de tu desdichada víctima.

En el risueño país de Asturias y sobre la cúspide de un monte que enseñorea un estrecho valle, partido por el río *Nalon*, alzaba orgulloso sus robustos torreones el antiquísimo castillo de *Tudela* (1). Corría el año 4018, y á nombre

(1) El castillo de *Tudela*. Permanecen aun sus restos en el conejo de su nombre á dos leguas de Oviedo. Era una fortaleza inexpugnable por su elevada y aislada posición, por la robustez de sus murallas, y por los siete recintos que le cercaban. Algunos historiadores asturianos, mas ricos de entusiasmo que de criterio, señalan por su fundador á *Túbal*, como *Tirso de Avi* es cuando dice:

«El castillo de *Tudela*  
sobre aquel alto collado,  
por *Túbal* fué fabricado.»

Otros mas razonables atribuyen la fábrica de este castillo á los romanos cuando la conquista de Asturias, y su nombre se deriva de *Tudela* ó guarda del país. Como quiera, el rey don Alfonso el Magno le restauró ya en el siglo X. En tiempo del emperador don Alfonso VII, se apoderó de este castillo el rico hombre *Gonzalo Pelaez*; despues aparece como perteneciente á la obispaldia ó sea dominio temporal de los obispos de Oviedo, y últimamente, el rey *Enriquez*, conde de *Gijón*, mandó demantelar y arrasar muchos castillos en Asturias, y entre otros el de *Tudela*. *Tirso de Avilés*, *Linages de Asturias*; *Trelles*, *Asturias ilustrada*; *Carballo*, *Antigüedades de Asturias*, etc., etc.

TOMO XII.

del joven *Alfonso V*, que ceñía la triple corona de *Leon Galicia y Asturias*, gobernaba aquella formidable y celebrada fortaleza, el valeroso conde *Fruela-Ramirez*, anciano guerrero encanecido en cien combates, y digno descendiente de los paladines que vencieron con *Pelayo* en *Covadonga*. Había perdido á su esposa, y le restaban por únicas prendas de su enlace una hija que apenas alcanzaba diez y ocho años, y un hijo de veinte y cinco, tipo de valor y de virtudes caballerescas. *Adosinda*, bella cual la rosa recién nacida, dulce y cariñosa como la paloma que se cobijaba en las pardas almenas del castillo, era el orgullo y la delicia de su viejo padre.

Desde su primera niñez habia sido prometida á su pariente *García de Valdés*, doncel de preclaro linage, y á quien el conde amaba tiernamente por su destreza y valor en la caza y en la guerra. Todo parecia presagiar un porvenir venturoso á la noble familia que moraba en *Tudela*, cuando llovieron sobre ella desdichas sin cuento. Sus ganados que pacian en los valles de la *Omaña* y las *Babias*, habían sido robados por los feroces soldados de *Almanzor*, gran número de sus caseríos fueron reducidos á cenizas; y

multitud de esclavos y vasallos llevados á Córdoba, en cuyas mazmorras gemian tambien desde largo tiempo cargados de cadenas, el noble *Roderico-Frolaz*, el hijo del conde, y García de Valdés, sin poder alcanzar la libertad, por mas que se ofreciera al califa un riquísimo rescate. Adosinda se habia criado con su prometido, y tal vez por esta misma causa, no sentia por el otro cariño que el de hermanos, y jamás la idea de su desposorio le habia hecho sonreír. La luenga ausencia de García vino tambien á hacerla olvidar los proyectos del buen Fruela, y solo guardaba en su corazon un tibio recuerdo amistoso para su amigo y compañero de infancia.

Huía ya el otoño, y los árboles se despojaban de su vestido de pardas hojas, cuando cierta tarde que la niebla descendía sobre el valle de Tudela cubriéndole de un espeso velo de gasa, se veía sentada Adosinda á una ancha ventana del salon bizantino de la fortaleza. Sus dos jóvenes cubicularias, Munia y Leocricia se ocupaban á poca distancia en bordar laboriosamente un frontal de tela de lana, con que su hermosa ama queria engalanar el altar de la Virgen en la capilla doméstica del castillo. Un laud abandonado á los pies de Adosinda, y las inquietas miradas que á lo lejos dirigia, mostraban que se habia ya cansado de ensayar las viejas cántigas que su nodriza le enseñara, y que aguardaba con impaciencia á su buen padre que seguido de los nobles de las cercanías, y de muchos vasallos, fuera en busca de dos terribles osos que se dejáran ver aquellos dias, y que habian devorado tres tiernos niños, y destrozado un rebaño. De pronto resonaron en los confines del valle, voces, relinchos y ladridos, y el bello carmin que se extendió por las mejillas de la noble doncella, dió á conocer que habia ya divisado al conde. A su lado venia un joven desconocido de aventajada estatura, de bizarro porte y varonil belleza. Su color era algun tanto moreno, y sus ojos y cabellos negros como el azabache. Su túnica corta, era de color verde con orla de oro, y se ceñía con un tahalí de cuero de Córdoba, enriquecido de pedrería, del que pendía una espada magnífica. La corneta que colgaba al costado derecho, era de bruñida plata, y las espuelas de oro. Finalmente, su pequeña toca estaba engalanada con una sola pluma de águila, que se mecía con gracia. La vista del gallardo extranjero causó en Adosinda una sensacion que no percibiera jamás. Un ligero estremecimiento recorrió todos sus miembros; su seno palpité con violencia bajo su jubon de damasco que dibujaba atrevidamente su esbelto cuerpo, y el blanco cendal que en la mano tenia, hubo de acudir á sus hermosos ojos de azul de cielo humedecidos con dulces lágrimas.

—¡Ea! dijo Fruela Ramirez al entrar en el salon, abrázame, mi hermosa Adosinda, y dispon que se agasaje cumplidamente á este valiente extranjero que acaba de libertarme de las garras del oso mas feroz que se crió en nuestros montes. Por la gloriosa Virgen de las batallas mi patrona, que es hombre de brazo y brio este joven cazador. El desafío al oso cara á cara, le clavó en el pecho su venablo, y le abrió con su cuchillo como valiente montero, cuando iba á despedazarme, como lo fué el rey Favila. ¡Qué echen al hogar una encina entera!... que se llenen los jarros de sidra y vino de *pasa el monte* (1), y que nos sirvan *pan de fis-*

(1) Vino de *pasa el monte*. Así se llamaba en Asturias el vino de Castilla, como puede verse entre otros documentos de aquellos

*ga* (1), cecina y jamon de jabalí. Venimos hambrientos como lobos.

Entonces los cazadores se sentaron atropelladamente en derredor de una negra y tosca mesa formada de anchos tablones de castaño, allá en los tiempos del rey Mauregato el Bastardo. Pronto se dió principio al abundante aunque rústico banquete, y el mas estrepitoso regocijo animó á todos los convidados en tanto que los vasallos y domésticos del conde, en derredor de los dos muertos osos, danzaban alegremente en el gran patio de la fortaleza. Fruela Ramirez despues de apurar varias veces su ancha y cincelada copa de plata, que circuló de mano en mano, descargó un robusto puñetazo sobre la mesa para imponer silencio, y dijo:

—¡Brindo por el noble joven que tan bizarramente destrozó á la fiera!

Todos aplaudieron con algazara. El cazador dió gracias con cortesano ademán, y propuso otro brindis por la joven Adosinda, lamentándose de que tan hermosa flor permaneciese escondida en aquel retirado castillo, cuando debia ornar la corte de los reyes.

—¡Por Cristo! gritó el conde de Tudela, que si desde que nació no hubiese destinado su mano, seria para tí, mi querido huésped, por mas que no haya ejemplar en mi linage de casar con extranjeros!

Entonces invitado el recién venido por uno de los concurrentes, contó en breves palabras su historia. Llamabase Inigo Garcés, habia nacido en los valles de la Burunda, se educara en el monasterio de Leire, en los montes Pirineos, bajo la direccion de su venerable abad, y en la actualidad servia de cerca al célebre Sancho el Mayor, rey de Navarra, de quien era deudo aunque lejano. Herido peligrosamente en una reñida batalla con los moros, de lo que mostró una reciente cicatriz, que dividía su espaciosa frente, hizo voto si recobraba la salud, de ir en romería á visitar el devotísimo templo de San Salvador de Oviedo, y al regresar á su pais en compañía de su único escudero, tuviera la suerte de encontrar al noble conde don Fruela.

Adosinda escuchaba embelesada al valeroso joven á quien debia la vida de su padre, y bebia de sus negros ojos el veneno del amor que se inoculó en su alma de virgen.

Un coro guerrero formado por jóvenes aldeanos de ambos sexos, en que se referian las hazañas de los pasados héroes, y las antiguas glorias de Asturias, puso fin al banquete y los asistentes se retiraron.

Inigo en aquella misma tarde juró amar toda su vida á la joven castellana, y los hermosos labios de esta pronunciaron tambien las dulcísimas palabras de amor, fidelidad y ventura.

## II.

Se pasaron muchos dias. Inigo avergonzado de su larga ociosidad en el castillo de Tudela, habló tímidamente de la guerra, de su rey, de su pais, y pidió licencia á su huésped para abandonar aquella para él encantada mansion. Adosinda habia perdido el matiz de sus mejillas y el brillo de sus ojos. Una nube de tristeza envolvía su pálido semblan-

tiempos, en el acta de fundacion de la antiquísima cofradía de la Balesquida que aun existe en Oviedo.

(1) *Pan de fisga*. Llámase tambien *pan de escanda*, y es el que se hace de cierto trigo muy apreciado en Asturias, y que procede del que en remotos tiempos trajeron varios navegantes de la Escandinavia, en ocasion en que se experimentaba grande escasez en España.

te, y parecía que la vida iba á abandonar su hermoso cuerpo. Una pasión desgraciada la consumía porque Iñigo á quien diera su amor, y á quien diera gustosa su vida y su sangre toda, no podía ser su esposo, pues el viejo conde, manteniéndose inflexible, repitiera con voz solemne el juramento de que su hija sería la esposa de García de Valdés, tan pronto este quebrase sus cadenas. Iñigo había solicitado con grande afán la mano de Adosinda, mas parecía resignado con las duras negativas del conde. Por fin, una noche le abrazó cordialmente, cambió con él su espada en señal de amistad eterna, y despidiéndose respetuosamente de la jóven, se retiró á su aposento, y mandó á su escudero tuviese prevenidos los caballos muy de madrugada. Era esta la hora en que solía dejar su lecho el señor de Tudela.

—Que vayan á buscarme á Adosinda, dijo con semblante adusto; he tenido esta noche tristes ensueños, y quiero que me cante con su laud las trovas guerreras de nuestra patria para ahuyentar el negro humor de mi alma...

—Señor, dijeron Munia y Leocricia, vuestra hija no está en el castillo; la hemos buscado y no ha parecido, la hemos llamado y no ha respondido.

Imposible sería pintar el furor del conde. Subióse á la plataforma de la torre del homenaje, tendió por el valle sus ansiosas miradas, pero nada descubrió.

—¡Adosinda! gritó con poderosa voz, y solo los cuervos le respondieron, huyendo aterrados á las copas de los altos pinos. Lanzó Fruela un sordo gemido y sus cabellos grises se erizaron. Luego que bajó de la torre le rodearon todos sus fieles servidores con la vista inquieta y el oído atento.

—¡A caballo! exclamó. Y todos se pusieron en marcha sin pronunciar una sola palabra. Con la violencia del huracán, y volando en línea recta cual la saeta huida de la ballesta, atravesaron los montes, los valles, los precipicios y los arroyos. ¡Oh mi fiel caballo! decía Fruela, mil veces has llevado á tu señor al combate, á la victoria, muchas lo has libertado cuando estaba herido del alfange sarraceno, también hoy está herido, pero en el corazón. Hoy no te confía su salvación sino su venganza. ¡Oh si tomaré venganza! ¡venganza sangrienta! ¡del alevé extranjero que con palabras de paz y alianza me robó mi joya querida!

—Adosinda, dijo en voz baja uno de los ballesteros al que iba á su lado, ha dado su primer amor al bizarro Iñigo, y temiendo que su padre la obligase á admitir la mano del de Valdés, ha ido sin duda á refugiarse á San Pelayo de Oviedo ó algun otro monasterio. Pararon, en fin, un instante al pie de uno de los escarpados montes de *Arbas* (1), que sirven de linderos á Leon y Asturias. Los caballos estaban cubiertos de sangrienta espuma; sus costados se veían destrozados por los acicates, é iban ya á sucumbir á la fatiga; mas por un último esfuerzo treparon rápidamente hasta la altísima cumbre. Desde allí el conde y sus compañeros descubrían una inmensa estension de pais; dieron nuevos y repetidos gritos, pero en vano. Ningun rastro dejaron tras sí los fugitivos amantes. Echó Fruela Ramirez en torno de sí una mirada de desesperacion, é inclinando la cabeza sobre el pecho, quedó triste y sombrío como un fantasma.

(1) *Montes de Arbas*. En lo antiguo se llamaron montes *Herbascos*, y son una continuacion de los Pirineos; dividen á Asturias de Leon, y se nombran en nuestra historia, por haberse á ellos refugiado los vándalos cuando fueron vencidos por los suevos. Hasta el último concordato subsistió allí una colegiata de canónigos, recuerdo de una antigua abadía en la que se facilitaba hospedage y socorros á los viajeros pobres.

—¡La he perdido! exclamó con acento inesplicable en que se mezclaba la ternura y el furor. ¡La he perdido!...

La infeliz doncella hubo de llorar bien pronto las consecuencias de su error. Iñigo era el mas pérfido de los hombres, y despues de algunos dias de amor y de delirio, abandonó á su desgraciada victima. Esta oprimida bajo el peso del rubor y el arrepentimiento, y cual la antigua pecadora de *Magdalo*, se retiró, para no volver á salir, á una gruta en lo mas espeso de un monte, y allí cubierta de pieles, teniendo yerbas por único alimento y una piedra por lecho, pasó una vida de espiacion y penitencia. En sus últimos instantes, rebeló al sacerdote que le prodigó los auxilios de la religion, su nombre y su desgracia, y le encargó solicitase su perdon y el de Iñigo á su desolada familia.

### III.

Luengos años han corrido. El conde Fruela Ramirez habia bajado á la tumba de sus padres sin el consuelo de obtener nuevas de Adosinda, y sin abrazar á su hijo. Este, despues de arrastrar por largo tiempo la pesada cadena de los cautivos, logró al fin rescatarse con su amigo y compañero de desgracias. Al llegar ambos al castillo de Tudela, salió á recibirles el anciano capellan del conde á la cabeza de todos los criados y vasallos. Al abrazar el buen sacerdote á Roderico, derramó abundantes lágrimas, y en el instante le condujo á la capilla. En el centro del pavimento se alzaba un suntuoso sarcófago de mármol, cubierto de prolijas é ingeniosas labores, y ornado con banderas y alfanges moriscos, nobles trofeos de victoria que atestiguaban el esfuerzo del muerto caballero. Allí yacía Fruela Ramirez. Una ancha espada ricamente adornada se veía sobre la cubierta del lucillo, pero apartada de las otras armas. El capellan la tomó y dijo á Roderico. Al morir vuestro buen padre, mi señor, me ordenó pusiese en vuestras manos este acero que perteneció al robador de la infeliz Adosinda. En el pomo leereis su nombre formado con piedras preciosas. Cogióla con ansiedad el nuevo conde de Tudela, y gritó con asombro. ¡Gran Dios, que veo!... Mira, amigo mio, añadió mostrando aquel nombre á García de Valdés. Entonces los dos guerreros, estendiendo la diestra sobre el sepulcro, juraron derramar la sangre del pérfido extranjero que causara la muerte y la desgracia de Adosinda y de don Fruela. Pocos meses se pasaron cuando el dia 18 de octubre de 1035, á la hora que los destellos de la aurora comenzaban á alumbrar el pintoresco y romántico paisaje que rodea el castillo de Tudela, salieron de él ambos amigos en direccion de los altivos montes de Pajares, con objeto de recibir dignamente al muy alto y poderoso don Sancho el mayor, rey de Navarra, de los montes Pirineos y de Tolosa, señor de Castilla y *emperador de España* (1), que seguido de una lucida y numerosa escolta formada de la flor de los caballeros de su reino, venia en peregrinacion á Oviedo con objeto de venerar las reliquias de la cámara santa, y de abrazar á su cercano pariente el obispo don Poncio (2). Los espesos bosques de Pajares repitieran muchas veces los ecos de las bocinas del rey y sus compañeros, que interrumpieran algun

(1) *Emperador de España*. No son arbitrarios los títulos que aqui damos á don Sancho el Mayor, véase á Mariana, lib. VIII. cap. XIII y las crónicas particulares del reino de Navarra.

(2) *El obispo don Poncio*. Era este prelado hijo ó deudo muy cercano de un procer de Asturias, llamado Gonzalo Ponce, cuya

tanto su viage para solazarse en el ejercicio de la caza. Habían echado pie á tierra y marchaban cautelosamente entre las matas y los jarales, siguiendo el rastro de un jabali que se avistara poco antes, cuando salieron á encontrar al rey dos hombres que vestían el pardo sayo de los montañeses. Señor, le dijo uno de ellos, si quereis alcanzar la fiera venid por este sendero y la vereis cobijada hácia aquellas peñas, y estendió el brazo mostrándoselas. Colocó don Sancho sus monteros convenientemente, y siguió sin dudar á sus dos guías. Muy en breve se encontró en una especie de esplanada circular formada entre la espesura, y donde se veía la entrada de una caverna cavada por la mano de la naturaleza en una altísima roca. Entró osadamente, pero se detuvo sorprendido al divisar en el fondo de aquella gruta, en vez de la fiera que buscaba, un tosco monumento funerario compuesto de piedras amontonadas en forma de pirámide, que sostenían una cruz de madera groseramente trabajada. Uno de los montañeses le dijo entonces con irritable acento: esta es la tumba de Adosinda Frolaz, de tu desdichada víctima, infame seductor. Ahora bien, continuó el otro, que era Roderico, somos dueños de tu vida, pero aunque de ello no eres digno, queremos quitártela como cumple á caballeros. Combatirás conmigo, y si yo sucumbiese, mi buen hermano García de Valdés me vengará. Esta espada que cambiaste por la de mi noble padre, será el instrumento de tu castigo. ¡Defiéndete!

El rey de Navarra era el mas valiente de los guerreros de aquel tiempo, mas el delito acobarda. Aquella pobre tumba que guardaba los restos de una jóven á quien dió el abandono y la muerte en cambio de su amorosa pasion, y la presencia de sus dos enemigos implacables, en cuyo rostro se dibujaba la ansiedad de una venganza terrible y la seguridad de alcanzarla, le hicieron temblar, como á la débil caña el soplo del aquilon. Retrocedió espantado, y con voz trémula gritó:

—¡A mi, navarros!... ¡Que asesinan á vuestro rey.

—¿Será posible? dijo Roderico con el tono del desprecio: ¿eres tú el que la famaregonaba de valeroso? ¡Oh! no te salvará tu cobardía, miserable.

Levantó entonces la espada con vigoroso brazo... iba á dejarla caer furiosamente sobre la cabeza del rey, cuando se vió cojido por cuatro ballesteros, que á los gritos de aquel acudieran. Ya lo veis, dijoles don Sancho, estos miserables intentaban asesinarme, son sin duda enviados por mi cuñado Bermudo, rey de Leon. Ahora mismo, sin piedad, que paguen su crimen con la muerte. Garcia de Valdés, por un movimiento rápido como el pensamiento, logró desasirse de los ballesteros navarros, y corrió á ocultarse en la espesura, mas el desgraciado Roderico fué en el momento atado al tronco de una gruesa encina, y á los pocos instantes su cuerpo atravesado de saetas. Quedó allí abandonado á la voracidad de las fieras y las aves de rapiña. El rey dió por terminada la batida, y poniéndose al frente de su comitiva continuó triste y sombrío su camino á Oviedo. Tres horas despues llegaba al antiguo pueblo de Campomanes, que debia su nombre á la multitud de soldados romanos allí sepultados en las guerras de los asturianos contra los capitanes de Augusto, y de pronto se oyó el silbido de

hija, Constanza, casó con García el Temblosa, rey de Navarra, y tuvo de él á Sancho el Mayor. Carballo, (Antigüedades de Asturias; Trelles, Asturias ilustrada y otros.)

una saeta, que cual si fuera dirigida por la mano de Dios, fué á clavarse en el corazon del rey, que cayó muerto de su caballo. Corrieron furiosos sus guardias y monteros en busca del matador, que no era otro que García de Valdés, mas no pudieron encontrarle. Entonces tomaron la insensata y bárbara venganza de incendiar el pueblo que fuera teatro de este terrible suceso, y las maldiciones, gritos y lamentos de las mugeres y los ancianos, que veían reducidas á pavesas sus moradas, fueron el único canto fúnebre que se entonó sobre el yerto cuerpo del mas poderoso monarca que España habia conocido desde la irrupcion de los sarracenos (1). Dios jamás deja impunes los delitos, y consignó en su sagrado código que *el que á hierro mata á hierro muere*. Sublime y consoladora sentencia que desde el acontecimiento que acabamos de relatar, corre de boca en boca entre los aldeanos de Asturias, traducida al proverbio vulgar: *si la hiciste en Pajares, pagarásla en Campomanes*.

Oviedo. Noviembre, 4855.

NICOLÁS C. DE CAUNEDO.

## SALVATOR ROSA.



I.

POETA, MÚSICO, PINTOR, BANDIDO.

Al Oeste de Nápoles, detrás de la colina que tiene el palacio de San Telmo y la Cartuja de San Martín, se encontraba á principios del siglo XVII, y hoy se encuentra todavía, un estrecho desfiladero cortado en las rocas del monte Doncella; este camino, sombreado de lentiscos y de magníficos pinos de Italia, conduce al vasto convento y á la célebre aldea de la Arenella. Entre las humildes mora-

(1) Desde la irrupcion de los sarracenos. Véase la crónica general de España por Alfonso el Sabio, Carballo y Mariana, sobre la muerte de Sancho el Mayor. Su cadáver fué llevado á Oviedo, y luego á San Isidoro de Leon, donde yace.

das cuya sencillez contrastaba con la espléndida residencia de los hombres consagrados á Dios, se elevaba una casa mas espaciosa; pero mas pobre todavía y mas ruinoso, antigua residencia de los señores feudales de la Arenella; la *Casaccia*, como la llamaban, no era mas que el refugio de las familias, cuya indigencia no permitía tener una cabaña particular. Sobre una de las puertas de la *Casaccia* se leía:

ANTONIO ROSA, AGRIMENSORE ED ARCHITETTO.

Esta muestra era la de un pobre diablo, que con su doble profesion podia á duras penas evitar morir de hambre con su muger, madona Julia.

ó del tamboril en el monte Doncella y del Vomero, ó ya emborrataba con cisco las paredes de la *Casaccia*. Por desgracia, un día quiso *ilustrar* tambien las columnas del claustro de la Cartuja, lo que le valió una doble correccion al futuro prelado. Salvador huyó de la casa paterna, y por espacio de muchos dias anduvo errante por los campos de Nápoles, alimentándose de frutas silvestres y durmiendo sobre los sepulcros antiguos de Bauli ó de la *via Campana*.

En una palabra, despues de una nueva residencia entre los padres Somascos, dejó la teología por la música, muy alentada entonces por el virey español.

*Salvatoriello*, como se le llamaba á la sazón, se entrega enteramente á este ejercicio, y bien pronto sus producciones



Paisage pintado por Salvator Rosa.

Un dia, sin embargo, echó Dios una mirada de compasion sobre la desventurada familia. En 1615, madona Julia dió á luz un hijo, que segun la opinion de los napolitanos es una bendicion del cielo; con efecto, el nacimiento de este niño fué verdaderamente una bendicion del cielo, pero esta bendicion se estendia al universo entero, y los pobres padres no podian aprovecharse de ella.

Destinado por su piedad al sacerdocio y por su ambicion á la mitra, Salvador aprendió á leer en las leyendas de Santa Catalina de Sienna y en los libros de rezos latinos; pero ya balbuceaba versos, ya hacia repetir los sonidos del laud

y llegaron á ser populares en Nápoles, y su talento de poeta y su habilidad en el manejo del laud, contribuyó á que le buscasen con frecuencia los aficionados á las serenatas.

¡Triste fama para un futuro prelado! Pero los proyectos paternos iban á recibir el golpe fatal. Hasta aqui Salvador no era mas que poeta y músico; algunos dias despues seria pintor.

Un artista pobre, pero de gran talento, Francisco Francziani, habiéndose casado con su hermana, se entabló una estrecha amistad entre la familia y Salvador; pasó la mitad de su tiempo en el estudio de su cuñado, copiando fragmen-

tos de sus cuadros, y la otra mitad en el Vesubio, buscando modelos dignos de su humor independiente.

En esta época, los jóvenes que se dedicaban á la pintura recorrían las diferentes ciudades de Italia para estudiar las obras de las diferentes escuelas; pero la mayor parte de ellos no hacían más que escoger un modelo, del cual hacían nada más que una pálida copia. Salvador quiso también emprender su *giro*, y á la edad de diez y ocho años dejó á Nápoles por primera vez. Pero partió con la firme resolución de no estudiar más que un solo maestro... la naturaleza, y sus museos fueron las montañas, las cascadas y las ruinas. Allí encontró modelos de una sublimidad desconocida hasta entonces, que le suministraron los medios de crear una escuela original.

En las antiguas regiones que recorría, en las cimas del monte Gargano ó de los escollos de San Vito, en las grutas de Paliano y de Otranto, Salvador encontró hombres que descendían de las antiguas colonias de Atenas y de Esparta, soñando para su país la emancipación del yugo extranjero. A la voz de su jefe, Tomás Campanella, Salvador sintió que acaso un día su mano combatiría por una patria que debía ilustrar su pincel. Según las ideas de aquellos tiempos, y á los ojos del pueblo, el bandido, enemigo del extranjero, era más bien un héroe que un criminal. En una de sus solitarias escursiones, Salvador cayó prisionero en poder de una cuadrilla. ¡Triste captura para los bandidos! Pero el error estaba hecho; Salvador conocía su término, Salvador iba á perecer. Entre los bandidos había una mujer; el artista era joven y bien parecido... y fué salvado.

¿Por amor al arte, por amor á esta mujer, por amor á la independencia, por qué?... Lo ignoramos; pero Salvador quedó entre los bandidos, y pronto llegó á ser su camarada, y hasta se dice que cómplice en sus latrocinios. Durante este período de su vida recogió aquellas admirables cabezas de bandidos, que más tarde sembró con profusión en sus obras.

La banda obedecía á un jefe: tal vez este yugo le parecía demasiado pesado á nuestro héroe. Se escapó y regresó á Nápoles, donde le esperaban la miseria, el abandono, la avaricia de los judíos, la vergüenza y la muerte de casi todos sus parientes.

Una casualidad vino á reanimar su fuego y á sacarle un instante de la oscuridad. El caballero Lanfram, que representaba en Roma y en Parma el papel de Ribera en Nápoles, el de Rubens en Amberes, el de Lebrun en París y el de Velazquez en España, fué llamado á Nápoles para decorar la iglesia del Jesus nuevo. Pasando un día por una de las calles de la antigua ciudad, vió en la puerta de un prendero un boceto cuyo mérito reconoció al momento. Mandó detener á su espléndida comitiva, y el pintor gran señor compró la obra del pobre artista que se moría de hambre. Este sufragio dió á conocer en Nápoles el nombre de Salvatoriello; pero si se permitió poner sus obras á un precio más subido, esto también le atrajo el odio y la envidia de los pintores *amanerados*. Un hombre solo supo apreciarle en su justo valor, y entabló con él una amistad que debía terminar con la vida. Este hombre fué Aniello Falcone el primer discípulo de Ribera, imaginación turbulenta, pintor entusiasta, que en el género de batallas no pudo sobrepujarle ni el mismo Salvador. Le abrió su estudio y le presentó á Ribera, pero no era Salvador quien debía aumentarle

número de los *dipendenti* del orgulloso maestro español; pronto reconquistó su libertad, pero con ella encontró el olvido y la miseria.

Este fué el momento en que se decidió á ir á buscar fortuna en Roma; entonces tenía veinte años. Lloró la ingratitude de su patria, y emprendió á pie su penoso viage. Un reducido morral y una cartera componían todo su bagage, y de esta manera entró por primera vez en la gran capital de las artes, donde más tarde debía representar un gran papel.

Dos géneros enteramente opuestos dividían entonces la admiración de los aficionados romanos: el Bernin, el ideal y los materialistas holandeses (ultramontanos), con los cuales se cometía el error de confundir á Pusino y á los franceses.

Salvador llegaba con ideas tan lejanas de la fria convención de los *bernescos*, como de la trivial verdad de los ultramontanos; quiso ser él y nada más. Dos maestros solamente fueron reconocidos por él y estudiados: Miguel Angel y el Ticiano. Las admirables ruinas de Roma fueron para él un asunto inagotable de estudio. La influencia de la *mafaria* y la fiebre, no tardaron en sumergirle en la triste cuadra de un hospital. Entonces fué sin duda cuando compuso aquel canto tan áspero y tan sentido á la vez, en el que pinta su desnudez horrorosa y su desaliento mortal.

Cuando Salvador salió del hospital, los médicos le aconsejaron que volviese á respirar el aire de su patria; partió: ¡Ay! también esta vez le esperaban la miseria y el odio; pero también esta vez debía encontrar un amigo. En el colegio de los padres Somascos había tenido por camarada al joven Gisolamo Mercuri, que había continuado la carrera eclesiástica. Le decidió á seguir á su maestro el cardinal Brancacci, primero á Roma, después á Viterbo, de donde fué su eminencia obispo. El cardinal hizo pintar á Salvador el pórtico de su palacio episcopal y el cuadro del altar mayor de la iglesia *della Morte*, la *Incredulidad de Santo Tomás*.

Estas obras y algunos cuadros pequeños que enviaba á Roma, comenzaron por fin á abrir á Rosa el camino de la fama; pero después de un año de residencia en Viterbo, Salvador, cansado de todo género de patrocinio, volvió á Nápoles para encontrar allí á sus enemigos y á su único amigo, Aniello Falcone.

## II.

### TRABAJOS Y TRIUNFOS; SATÍRICO, INSURGENTE; ANÉCDOTAS.

Todos los años, durante las fiestas de *San Giovanni decollato*, se celebraba una exposición en el panteón de Roma, á donde acudían todos los talentos y todos los conocedores de Europa. Uno de los amigos de Salvador se determinó á presentar allí un *Prometeo* que le había enviado desde Nápoles para que procurase venderle. El éxito fué inmenso, y el nombre de Salvador, repetido por las cien voces de la fama, reemplazó para siempre el diminutivo de Salvatoriello. Los aplausos llegaron á sus oídos, y creyó que esta vez su suerte estaba ya decidida. Corrió á Roma para coger algunos vítores, pero no pudo lograr que le admitieran en la academia de San Lucas, fuera de la cual no podía existir. Sin embargo, la fortuna de Salvador se había mejorado un poco, y pudo alquilar una casa en la *via del Balbuino*, no lejos de la fuente que le ha dado su nombre. Pero el recuerdo de *Prometeo* iba espirando, y pronto Salvador hu-

hiera caído en el olvido, si no hubiera debido á la variedad y á la originalidad de su genio, un pedestal que debía al fin y para siempre ponerle en evidencia.

Llegó el carnaval de 1659; apareció en el *Corso* un carro ricamente adornado, tirado por bueyes con cuernos dorados, y lleno por una comparsa enmascarada. Esta comparsa iba entonando cantos deliciosos; despues, como intermedio, el principal personaje, anunciándose bajo el nombre de señor *Fornica*, actor napolitano, y llevando el traje del charlatan Coriello, lanzaba á torrentes los mas mordaces epigramas y las chanzonetas mas picantes, distribuyendo á manos llenas remedios y recetas contra las calamidades públicas y los males de la sociedad. Bien pronto en Roma no se habló de otra cosa que del señor Fornica y de sus brillantes discursos. El último dia se desenmascaró, y mostró á sus admiradores el rostro de Salvador.

Desde este momento no tuvieron limites sus triunfos sociales: le llamaron en todos los círculos... Salvador olvidó sus pinceles y se entregó enteramente á los placeres; se elevó á un pequeño teatro, desde cuya altura se determinó á atacar al mismo Bernin.

Afortunadamente, está embriaguez fué poco duradera; Salvador volvió á coger su paleta para no dejarla jamás. La fortuna parecia sonreírle. Su casa de la *via Balduino* llegó á ser el punto de reunion de los mas grandes talentos y señores de Roma. Entonces fué cuando Salvador trasladó al lienzo su famosa cantata de la *Hechicera*, y cuando pintó la *Muerte de Sócrates*, el *Hijo pródigo*, el *Purgatorio* y la *Asuncion*.

Ganando mucho, ahorrando poco, pero no viéndose sometido á la inquietud de las necesidades diarias, Salvador llegó á fijar por sí mismo el precio de sus obras. Siempre rehusó dejarse imponer la eleccion de los asuntos, y supo emanciparse de toda clase de patrocinio. «Dios ayuda, decía Balducci, á aquellos que quieren comerciar con él.»

La siguiente anécdota puede dar una idea del carácter de Salvador.

Un príncipe romano, mas conocido por sus pretensiones en el conocimiento de las artes que por su generosidad hacia los artistas, recorriendo un dia la galeria de Salvador, se detuvo delante de uno de sus paisajes, y despues de haberle examinado mucho tiempo exclamó de repente:

—Salvador mio, tengo vehementes deseos de comprar este cuadro; decidme pronto su último precio.

—Doscientos escudos, respondió con indiferencia Salvador.

—¡Doscientos escudos! ¡cáspita! ¡es una gran cantidad! Hablaremos de esto en otra ocasion.

El ilustrísimo se despide del pintor; pero pronto vuelve y pregunta otra vez el último precio.

—Trescientos escudos, le respondió sonriendo.

—¡*Corpo di Bacco!* ¡Os chanceais! Veremos si otro dia estais mas razonable.

A la mañana siguiente volvió el príncipe al estudio del artista, á quien saludó alegremente, diciéndole:

—Y bien, ¿qué precio tiene hoy?

—Cuatrocientos escudos, respondió Salvador; despues, dando rienda suelta á su indignacion, largo tiempo contenida, exclamó con su natural impetuosidad:

—La verdad; vuestra escelencia no obtendrá este cuadro á ningun precio, y sin embargo, este es el caso que yo hago de él...

Y lo hizo pedazos.

Aquí encontramos á Salvador con toda la brutalidad de su independencia, diremos mas, hasta con su orgullo. Veamos ahora cómo los mismos sentimientos le inspiraron algunas veces palabras que, por ser menos rudas, no eran menos picantes.

Un dia Salvador se hallaba dibujando en la cámara del príncipe don Mario Chigi, á la sazón enfermo; su médico entró, era uno de esos fátuos que pretenden conocerlo todo, que hablan de todo, y olvidan siempre que la sabiduria de las naciones ha dicho: *Ne sator ultra crepidam*. Creyendo hacer su córte al príncipe, gran protector de las artes, le pidió por recompensa de sus cuidados un cuadro de Salvador. Luego, volviéndose hácia el pintor:

—Cuidad de no poner el pincel sobre el lienzo sin que yo os haya dictado el pensamiento y el asunto del cuadro.

Salvador saludó modestamente en señal de asentimiento. En el momento de partir el doctor tomó la pluma para escribir su receta: Salvador le cogió la mano:

—Un momento, doctor, no pongais la pluma sobre el papel sin que yo os haya dictado la idea y la composicion de la receta.

—¡Cómo! ¿vos dictar una receta? Soy yo el médico de príncipe, y no vos.

—Y yo, amigo mio, soy el pintor del príncipe, y no vos y sin embargo, mejor dictaré yo una receta que hareis vos un cuadro.

En medio de sus triunfos, Salvador no podia olvidar su patria; los gritos de los napolitanos sucumbiendo bajo la opresion española, llegaban á sus oídos, y despertaban en su corazon aquellos antiguos gérmenes de libertad que habia sentado su residencia en las montañas de los Abruzos y de la Calabria. Tenia entonces treinta y un años. Masaniello le vió combatiendo en sus filas, al lado de su amigo Aniello Falcone, que á la cabeza de los artistas napolitanos que formaban la *compañía de la Muerte*, secundaba con todo su valor la insurreccion popular. Despues de la caída del pobre pescador de Amalfi, la escuela entera de los pintores napolitanos se vió comprometida; á la aproximacion de don Juan de Austria y del virey español, que corrían con la venganza en el corazon, se vió obligada á dispersarse; Falcone se salvó en Francia; Salvador volvió á Roma y tomó de nuevo sus pinceles; pero su sangre hervia aun, y no pudo recobrar en mucho tiempo la calma de la vida privada. Sus instintos de salvaje independencia se reanimaban, y se determinó á esponer dos cuadros satíricos en los que atacaba todo lo que Roma encerraba de grande y poderoso. Rugió sobre su cabeza una tormenta terrible, y en esta ocasion se vió precisado á sucumbir. Su partida de Roma fué una fuga, pero su llegada á Florencia fué un triunfo.

En esta época el palacio Pitti, residencia de los Médicis, era un lugar de estudio abierto á las bellas artes, y donde los mas grandes pintores de la época daban ejercicio á su talento.

Fernando II recibió á Salvador mas bien como á un amigo, que como á un protegido. El encanto de su conversacion, su fama como pintor, poeta y músico, atrajeron en su derredor una multitud de admiradores; su casa trasformada en asilo de los placeres y del gusto, fué el punto de reunion de los hombres mas eminentes de Florencia.

En medio del esplendor de su nuevo estado, el artista se acordó de sus antiguos triunfos del carnaval de 1659, y fué el fundador, el autor, y el mejor actor de la Academia teatral de los *Percossi*.

A pesar de sus numerosos triunfos, Salvador deploraba secretamente su destierro, y su pesar de verse separado de Carlos Rossi, y de algunos otros amigos era tan grande, que arriesgó su libertad para pasar con ellos algunos instantes. A los tres años de su llegada á Florencia partió en posta á media noche, llegó á los jardines de la Vigna Navicella, sobornó al *custode*, y espidió al momento una circular á diez y ocho de sus amigos. Todos acudieron á su llamamiento; los abrazó con ternura; les dió una suntuosa comida; luego montando á caballo, volvió á Toscana antes que sus perseguidores de Roma ó sus amigos de Florencia supieran su aventura.

La confianza de Salvador en su genio era tan francamente confesada por él que se justificaba por el éxito. Un día, uno de sus amigos le halló ocupado en modular algunos aires sobre un viejo manucordio bastate mediano, y le

preguntó como podia guardar en su casa un instrumento que no valia un escudo.

—Yo apuesto, dijo Salvador, que valdrá mil mas antes que le volvais á ver.

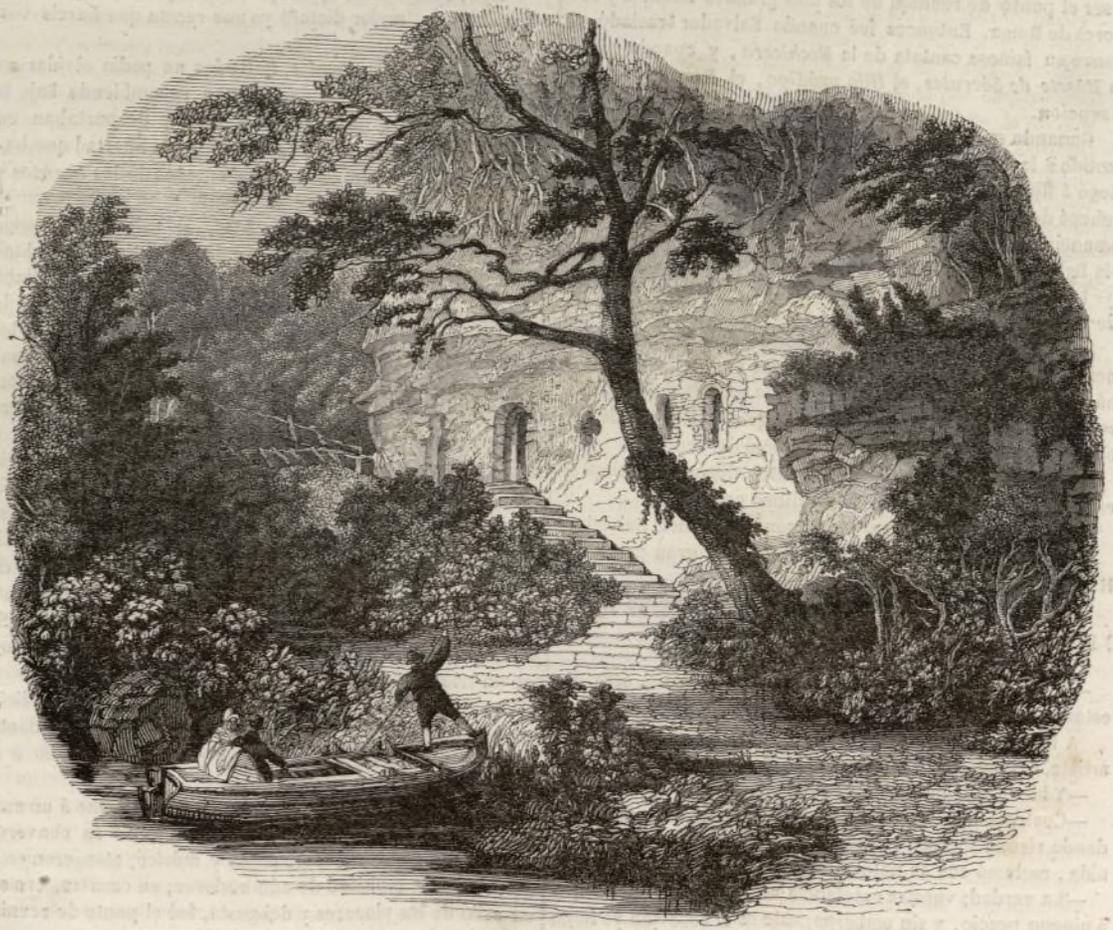
La apuesta fué aceptada, y Rosa pintó inmediatamente encima del instrumento un paisaje con figuras, que no solamente fué vendido en mil escudos, sino que además fué considerado como una obra maestra.

Pudo volver á Roma, objeto constante de sus deseos, la mayor parte de sus enemigos habian muerto, y el brillo de su gloria hizo enmudecer á los demas. Compró una casa en el *monte Pincio*, la adornó lujosamente, y disfrutó aquella vida de gran señor para la cual parecia que le habia formado la naturaleza. Una vejez prematura vino á helar aquella imaginacion de fuego; declaróse una hidropesía, y el 15 de marzo de 1673, exhaló el último suspiro á la edad de cincuenta y ocho años.

Roma lloró al artista inimitable que tanto tiempo habia desconocido.

E. B.

## GEOGRAFIA PINTORESCA.



INGLATERRA La ermita de Warkworth (Northumberland.)